

QUÉ BONITO
ERA MI PUEBLO

Braulio Maldonado Sáñez

Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura

BRAULIO MALDONADO SÁNDEZ
(1903-1990)

Abogado, líder social, político y escritor. Fue parte de la generación inicial de la Casa del Estudiante en la Ciudad de México, estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria y dirigente de la Liga Nacional de Estudiantes. Egresó de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de México en 1929. Fue diputado federal por los Territorios Sur (1930-1936) y Norte (1946-1953). Primer gobernador constitucional de Baja California (1953-1959) y fundador de la Universidad Autónoma de Baja California. Es autor de los libros: *Baja California*.

Comentarios políticos (1960), *El otro partido* (1961), *Los inconformes* (1961), *Terror en el campo*, *Fallas en la Reforma Agraria* (1963), *Los desadaptados* (1968), *Datos y opiniones sobre la evolución y desarrollo de las sociedades humanas* (1968), *De las cosas que me contaron y de las cosas que me sucedieron* (1970), *El último misionero* (1970), *La revolución de los pueblos* (1986), *Qué bonito era mi pueblo* (1986) y *Braulio, Memorias del Lic. Braulio Maldonado Sánchez* (1986).

Qué bonito era mi pueblo



DIRECCIÓN GENERAL DEL
SISTEMA INSTITUCIONAL DE
ARCHIVOS

Qué bonito era mi pueblo

Braulio Maldonado Sánchez

Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura

Primera edición, 1986

Primera edición por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2017

D.R. © 2017 Herederos de Braulio Maldonado Sánchez

D.R. © 2017 Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Unidad Cultural Jesús Castro Agúndez Antonio Navarro
y Héroes de Independencia s/n, La Paz, Baja California Sur,
C.P. 23000, tel. +52 612 122 91 01

culturabcs.gob.mx

Diseño de páginas interiores y forros: Alejandra Barrera

Revisión del texto: Damián Maldonado Zepeda y Sandino Gámez

ISBN: 978-607-8478-56-9

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

PRESENTACIÓN

Si en la actualidad –cuando existen más oportunidades– es una verdadera epopeya estudiar una carrera profesional y salir de un estatus humilde para ocupar espacios privilegiados en la función pública o en empresas privadas, en los primeros años del siglo XX era toda una proeza.

Proeza, provechosa para la patria, fue la vida de Don Braulio Maldonado Sánchez (1903-1990), quien vivió su niñez y juventud en un San José del Cabo que todavía era un pueblo pintoresco del antiguo Distrito Sur y luego Territorio Sur de la Baja California.

El San José de los años mozos de Braulio Maldonado –con sólo unos cuantos miles de habitantes y fundado en 1730 como parte de la estrategia de evangelización y colonización llevada a cabo por misioneros jesuitas y soldados de la entonces Nueva España– era un vergel y así se conservó hasta los años setenta del siglo pasado. En las décadas posteriores las inversiones públicas y privadas convirtieron playas y costas meridionales de Baja California Sur en un emporio turístico, con nuevos dueños, provocando cambios inusitados en

la infraestructura, el paisaje urbano, la política, la sociedad y la cultura.

Como experimentado político y hombre sensible, Braulio Maldonado no solamente avizó, sino que nos previno de sus consecuencias. Las añejas huertas que penetraban hasta el centro del pueblo, el Estero que dos siglos antes avitualló con aguas cristalinas a galeones nacionales y extranjeros, las bases económicas de sustentación de una incipiente estructura urbana –tradicionalmente de una sociedad rural con grandes dosis de autarquía–: fueron desapareciendo las primeras, afectado de gravedad el segundo y transformadas casi al exterminio las terceras, desdibujando el pasado típicamente nuestro y abriendo esta tierra al imperio del dólar y las corrientes globalizadoras, en un frenético movimiento hasta cierto punto irreversible.

6 Como político por sus acciones, como pensador por sus escritos convertidos en libros, Don Braulio Maldonado fue polémico y lo sigue siendo aún después de su muerte, especialmente en Baja California, la entidad que gobernó como primer mandatario constitucional. Porque eso nos provocan sus lecturas a quienes pensamos que el cambio debe ser tan avasallante como queramos y tan conservador como lo necesitemos, siempre colocando el

ejercicio ciudadano en el centro de la política y no como parte de un escenario manipulado y perverso, que limita iniciativas y socava identidades.

En Baja California Sur, a mi juicio, se debe promover el reconocimiento de las cualidades de Don Braulio Maldonado como un hombre auténtico de su tiempo y en su espacio, y favorecer la comprensión del camino que recorrió, salvando escollos, para lograr sus sueños: nació pobre en 1903, luchó por lo que quería, se preparó para ello, participó con la fuerza de sus ideas y la pujanza de su juventud. Con ideales encabezó un novel estado y, en el ocaso de su vida, regresó a su terruño para morir en la humildad y hasta en el anonimato, exhalando su último aliento en 1990 en la casa de sus padres de San José del Cabo, cerca de su gente, aunque de distintas generaciones.

La iniciativa del Instituto Sudcaliforniano de Cultura del Gobierno del Estado de reproducir sus trabajos literarios, como el presente libro, forman parte, a mi juicio, de esa búsqueda para recrear la memoria histórica de los hijos destacados de este suelo sudpeninsular, sin que ello signifique exaltar mitos, fabricar leyendas o emprender juicios que no nos corresponden: la figura señera de Don Braulio Maldonado está más allá de estas pretensiones, y no obedece a ellas.

En cambio, motivar en la juventud sudcaliforniana la comprensión de su pasado, así sea del más cercano de sus ayeres, constituye un trabajo loable, semejante a quien siembra una semilla que pudiera ser de un dátil en el desierto, aunque esté convencido de que no comerá de sus frutos, sino la esperanza de que sean otros en distintos tiempos los que cosechen lo que antes fue sembrado.

Braulio Maldonado es, por sus hechos, un josefino, cabeño, sudcaliforniano de pura cepa, que logró escalar distintos peldaños, hasta cierto punto impensables para un hombre de su tiempo y de su clase social. Fue hijo de Don Cruz Maldonado Zumaya y de Doña Luisa Sáñez Ojeda, a quienes dedica –en sus propias palabras– “su modestísimo libro *Qué bonito era mi pueblo*”, ellos también oriundos de San José del Cabo. Formó parte de los primeros estudiantes sudcalifornianos que envió a la ciudad de México en 1920 el entonces gobernador Agustín Arreola Martínez quien, dicho sea de paso, fue el primer gobernador de estas tierras electo mediante un proceso plebiscitario, es decir, mediante votación abierta que autorizó el presidente de la República, Adolfo de la Huerta.

Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México, fue diputado federal, dirigente fundador del Partido

Socialista de las Izquierdas y primer gobernador constitucional del Estado de Baja California en 1953. Fue un hombre de acción política, progresista y pragmático, pero también un hombre de ideas. Ambas características no están reñidas, pero escasamente se presentan en la misma persona cuando lo que prevalece es la búsqueda o la ambición por el poder.

En este libro, cuya primera edición se terminó de imprimir el 12 de octubre de 1986, veintisiete años después de haber dejado la gubernatura del Estado de Baja California, y cuatro años antes de morir, Don Braulio hace un recorrido nostálgico por la “tierra que le vio nacer”. No creo tampoco que sea una casualidad que el conocido como “Día de la Raza” se haya dispuesto como fecha de nacimiento de aquel libro en el que el autor deja a la posteridad buena parte de sus vivencias, su sentimiento y sus reflexiones a partir de manifestar su apego a lo más tradicional que de su tierra josefina quedó en su persona. En ello cabe remarcar la dedicatoria que amplía a sus “paisanos, amigos y parientes del Estado Sur de la Baja California, particularmente a los que radican en San José del Cabo, mi pueblo natal”.

Interpretando el pensamiento de Don Braulio Maldonado, yo pudiera decir y escribir con certeza que este libro también se lo dedicó a los jóvenes de su *Patria Chica*, la misma a la que otros distinguidos

cabeños, como Mauricio Castro, Ildefonso Green, Antonio Mijares, Jesús Castro Agúndez y Pablo L. Martínez, entre otros, sirvieron con pasión y amaron hasta su muerte.

A los jóvenes de una nueva sociedad sudcaliforniana que tiene más y mejores instrumentos para superarse, para prepararse académicamente, para ser mejores ciudadanos y padres de familia, en la inteligencia que más temprano que tarde les corresponderá luchar por la preservación de lo que hasta ahora nos sigue distinguiendo, pese a las severas lecciones que nos da un presente convulso, inequitativo e injusto.

A los mismos jóvenes inquietos que quieren una vida mejor, una entidad más vigorosa y un México más fuerte, como él lo quiso en su tiempo diametralmente distinto. A esa misma juventud, “divino tesoro”, como escribió el laureado poeta, pero que está obligada, moral, ética y políticamente, a forjarse ideales transformadores, conectando el pasado, el presente y el futuro, con la fuerza de su vitalidad, por Baja California Sur, entidad que les sirve de sustento y los necesita, ahora más que nunca.

Domingo Valentín Castro Burgoin

En memoria de mis padres,
señor don Cruz Maldonado Zumaya
y
señora doña Luisa Sáñez Ojeda,
con mi más profundo cariño y respeto.

El autor

DEDICATORIA

Dedico las páginas de la presente obra a mis paisanos, amigos y parientes del estado sur de la Baja California, particularmente a los que radican en San José del Cabo, mi pueblo natal. Dedico también esta modesta obra a todos mis compañeros con quienes compartí el pan y la sal en la Casa del Estudiante de Baja California Sur, ubicada en la capital de México y en donde encontré albergue generoso para estudiar y adquirir una modesta cultura que me ha permitido escribir este pequeño ensayo literario de carácter costumbrista. Este grupo de jóvenes fueron los pioneros de los estudiantes del Territorio Sur y quienes lograron forjarse como profesionistas útiles a nuestro pueblo. Incluye mi dedicatoria a la memoria de don Agustín Arriola Jr., gobernador del extinto Territorio Sur de la Baja California, nativo de La Paz e impulsor de las primeras generaciones de jóvenes estudiantes que se prepararon en las diversas facultades universitarias y tecnológicas de la capital de la república. Don Agustín Arriola Jr. tuvo la idea noble y generosa de proteger a los jóvenes sudcalifornianos, en su mayoría de origen humilde, para

que adquirieran una cultura superior en bien del pueblo de la Baja California y de México.

Los jóvenes estudiantes con quienes compartí el pan y la sal y las aulas universitarias fueron los siguientes: don Alejandro Pedrín, don Jesús Castro Agúndez, don Manuel Galván S., don Gustavo Uruchurtu Moreno, don Luis Peláez, do Pedro Peláez, don Francisco Cota, don Pablo Nolasco, don José Ma. Aréchiga, don Benjamín Osuna, don Rafael Osuna Bareño, don Roberto Piñeda, don Arturo Delgado, don José Ma. Meza Olmos, don Héctor Núñez, don Basilio Flores, don Domingo F. Carballo, don Alfredo Green González, don Ignacio Rochín, don Federico Romero, don Salvador Delgado. Este grupo constituyó pues, la avanzada de otros jóvenes del hoy estado de la Baja California Sur, quienes en forma entusiasta e ininterrumpida fueron llegando a la capital de México para seguir sus estudios superiores.

Seguramente que no todos los estudiantes de la Baja California pudieron terminar sus carreras por diversas razones, pero en cambio otros compañeros llegaron a convertirse en profesionistas y maestros de gran prestigio universitario, muchos de los cuales los estoy mencionando precisamente en las páginas de este modestísimo libro intitulado *Qué bonito era mi pueblo*.

Y como un paréntesis a esta dedicatoria fluyen a mi mente los recuerdos inolvidables de la vida estudiantil y del compañerismo sano y generoso de todos mis paisanos y amigos de la Baja California. Es muy difícil que hombre alguno pueda olvidar los días y los años durante los cuales se estudia una carrera o una profesión. Poco importan los sinsabores, la pobreza, las decepciones y las desesperanzas que hayamos sufrido para forjarnos un porvenir, porque esos momentos de nuestra juventud seguirán siendo la inspiración que nos anima a continuar luchando y sirviendo a nuestros semejantes. Vaya, pues, mi reconocimiento a mis amigos y compañeros estudiantes, quienes me merecieron y me siguen mereciendo cariño, respeto y profunda admiración.

Debo reconocer con absoluta lealtad y sinceridad que el pueblo de la Baja California, y aun los profesionistas, siempre han sabido conservar su sencillez y su nobleza y que, a pesar del aislamiento y abandono en que vivieron durante tantos años y siglos, han conservado sus características esenciales y su franqueza tradicional.

San José del Cabo, 1986

PRÓLOGO

Es indudable que las impresiones recibidas del mundo exterior se graban con más facilidad y fijeza en la conciencia de los niños, por eso es que los hechos acaecidos en los primeros años de nuestra vida se conservan con lucidez y podemos relatarlos con mayor o menor exactitud, de ahí que los relatos de la presente obra estén apegados a la verdad del mundo físico y social de donde me tocó nacer y crecer. ¡Qué impresiones e imágenes tan vigorosas e imborrables dejaron en mi conciencia infantil aquellas olas gigantescas que azotaban las playas lujuriosas de mi pueblo y las tormentas y ciclones que una y mil veces arrasaron con campos agrícolas y destruyeron los hogares de las familias de aquella alejada comunidad humana! Me parece que aún contemplo el mismo cielo limpio y azul, su luna clara, el sol ardiente y sus estrellas refulgentes.

Pero cuán distintas son las circunstancias en la hora presente que prevalecen en el seno de esta comunidad en donde me tocó desarrollarme los primeros años de mi existencia. ¡Qué hombres y

mujeres tan diferentes en su modo de ser y en sus costumbres viven en San José del Cabo! Ahora hasta los niños de mi pueblo me parecen distintos a aquellas criaturas bullangueras, traviesas y alegres con las cuales me tocó convivir.

Estos cambios sociales, tan profundos y en tan poco tiempo, han inspirado las páginas de la presente obra, puesto que yo considero incomprendible e ilógica una transformación tan inusitada, porque lo natural es que las sociedades humanas vayan cambiando poco a poco, tal como acontece en los fenómenos de la naturaleza, salvo el caso de acontecimientos y cataclismos imprevistos capaces de destruirlas en forma violenta e inesperada.

Por otra parte, cuando por diversas causas nos hemos alejado durante muchos años del lugar en donde nacimos y nos desarrollamos, es natural que al regresar encontremos a personas distintas. Es insensato suponer que vamos a convivir una vez más con los amigos de ayer, con los parientes cercanos y que la mujer de nuestro ensueño todavía la vamos a encontrar joven y hermosa. En fin, que vamos a encontrar las mismas calles y los mismos sitios y a los chiquillos con quienes compartimos nuestra vida infantil. Y en medio de nuestra confusión espiritual empezamos a recorrer el pueblo de un lado a otro, soñando y recordando el pasado,

pero ahora encontramos gentes a quienes no conocemos, porque nuestra ausencia fue prolongada, y en la hora presente parecemos fantasmas vivientes en medio del bullicio. De ahí viene el desencanto y la amargura, e iniciamos una crítica a veces injusta en contra de las nuevas generaciones que nos sucedieron y las cuales nos provocan celo un tanto infantil. Por estas razones la presente obra está escrita con pasión y en alguna de sus páginas yo interpreto los hechos y las personas desde un punto de vista parcial, reconociendo, desde luego, que en gran parte fui guiado por sentimientos personales.

Naturalmente que mi conducta en algunos casos obedece a razones lógicas y sensatas, puesto que yo formé parte en mi juventud de hechos acontecidos y de los cuales no puedo eludir mi justa parcialidad. Por ejemplo, cuando intervine en la formación de los sindicatos de trabajadores, iniciando una lucha desigual en contra de patronos y del propio gobierno del extinto Territorio Sur de la Baja California. En estos casos es natural que exponga los acontecimientos en favor de la causa que yo defendía con tanto entusiasmo.

Reconozco también que como consecuencia de la lucha sindical y de mis propias ideas, olvidé a los viejos amigos de mi niñez y de mi juventud,

algunos de ellos, por cierto, comerciantes y agricultores de pequeño capital a quienes consideré durante las pugnas sindicales como terratenientes reaccionarios, no obstante que durante nuestra juventud nos habíamos tratado con cariño y respeto a pesar de nuestras diferencias económicas. Afluyen a mi mente la familia de los Ceseña, los González Canseco, los Aragón y todas aquellas personas a quienes consideré poderosas, porque yo aún no había visto con claridad los grandes desajustes y desigualdades que existían y siguen existiendo a lo largo y a lo ancho de toda la república mexicana, en donde encontramos todavía al latifundista, propietario de cientos y miles de hectáreas de terrenos, a comerciantes, banqueros e industriales enormemente ricos. Pero en la hora presente, mis queridos paisanos, contra quienes luché en aquellos tiempos, en la actualidad me parecen insignificantes frente a estos grandísimos intereses que prevalecían y siguen prevaleciendo en nuestro país.

Ahora en mi pueblo vive una nueva generación, cuya manera de vivir y de pensar es diferente a la nuestra, pero que nos merece profundo respeto, a pesar de las divergencias en nuestras edades y en nuestros pensamientos. Por otra parte, no olvidemos que todos los seres humanos siempre

estamos pensando en regresar a nuestros pueblos de origen, en volver a encontrar a nuestros amigos de siempre y convivir una vez más con aquel medio físico y social que compartimos durante nuestra infancia y juventud. ¡Cuántos amigos y paisanos me ha tocado encontrar en diversas partes de la península de la Baja California, en el interior del país, en los Estados Unidos, y quienes me han manifestado el deseo infinito de volver a la tierra que los vio nacer! Pero también ellos padecen de la misma ingenuidad y siguen pensando que San José del Cabo es el pueblo de siempre, en donde van a encontrar los mismos huertos y las *panocherías*, y que los personajes a quienes respetamos en nuestra niñez aún viven tranquilos en nuestro pueblo, como don Modesto Aragón, don Ramón Lieras, don Roberto Fiol, don Vidalito Ceceña y tantos que han desaparecido del mundo de los vivos.

Pues bien, la presente obra contiene una breve semblanza de la forma de vida del pueblo de San José del Cabo durante los años de mi niñez y de mi juventud, incluyendo comentarios acerca de su organización social, de sus recursos económicos, de sus gentes, de sus maestros y de sus héroes. En alguna de sus páginas hago mención de las vicisitudes por las que atravesaron sus pobladores y los problemas que tuvieron que afrontar para

sobrevivir en este alejado jirón de la patria mexicana. Me refiero a chubascos y ciclones que arrasaron una y mil veces sus huertos y sus hogares, matando a sus gentes y a los animales domésticos y salvajes; me refiero también a las enfermedades que azotaron nuestra región, tales como el paludismo y la tuberculosis, y a nuestra revolución armada, que llegó como un verdadero oleaje hasta aquellas latitudes del hoy estado sur de la Baja California; hago mención muy particularmente al vigoroso esfuerzo que realizaban todos los josefinos para sobreponerse a tremendas calamidades y de cómo renacía mi pueblo de sus propias cenizas, como el ave fénix de la mitología griega.

En otros capítulos hago un breve resumen de la fauna y de la flora de la región y señalo, a guisa de crítica, la deplorable desaparición de tan importantes recursos que servían de puntual para la subsistencia de la población; hago referencia a la bonanza momentánea del cultivo del tomate y de las crisis económicas, así como de las emigraciones constantes del pueblo en busca de su supervivencia. Todos estos recuerdos que están aún frescos en mi memoria forman parte del contenido de esta modestísima obra.

Pero, por otra parte, me permito criticar en una forma un tanto áspera el hecho de que se hayan

destruido las fuentes económicas más importantes de las cuales vivía casi toda la población, lo que trajo como consecuencia la pobreza, la miseria y la emigración de sus gentes hacia los Estados Unidos y hacia otras regiones de nuestro país. Hago notar también el hecho lamentable de la pérdida de los mantos acuíferos de la población, permitiendo que el agua del subsuelo sea llevada hasta el Cabo de San Lucas para dar servicio a los hoteles y centros recreativos de millonarios norteamericanos. En fin, que nuestras gentes hayan abandonado sus fuentes de vida más importantes para convertirse en asalariados de los dueños de dichos negocios. Contiene también la presente obra una sugerencia para que las autoridades y todas las fuerzas vivas de la región planifiquen el correcto desarrollo económico y cultural de esta importante región del extremo sur de la Baja California. La obra termina con una breve semblanza histórica y sociológica de las causas que originaron la decadencia y la desaparición misma de otros pueblos y razas, haciendo por supuesto comparaciones un tanto indebidas con las circunstancias sociales que prevalecían en el pueblo de San José del Cabo. Al final de la obra me introduzco en el terreno de la filosofía para rusticar el retorno perenne y constante que realizamos todos los hombres y los demás

seres vivientes hacia el lugar materno, en donde contemplamos por primera vez la luz del día y el fulgor de las estrellas.

SAN JOSÉ DEL CABO Y SUS GENTES

SUS RECURSOS ECONÓMICOS,
SUS ANTECEDENTES, COSTUMBRES, SU CULTURA,
SUS ANGUSTIAS Y SINSABORES

Al pisar nuevamente esta tierra que me vio nacer, afluyen a mi memoria infinidad de recuerdos de mi niñez y mi adolescencia. ¡Qué bonito era mi pueblo! Sus cañaverales verdes y tupidos, sus gigantescos árboles de mangos criollos, sus naranjos y ciruelos semejaban una esmeralda extendida a lo largo y a lo ancho de este pueblo de mis ensueños. Indudablemente que estas huertas tan bien sembradas y mejor aprovechadas fueron la mejor herencia de los padres jesuitas, dominicos y franciscanos, quienes fueron los primeros colonizadores de la península de las Californias.

San José del Cabo, allá en los remotos tiempos de la colonia española, fue un verdadero oasis perdido en la inmensidad del mar Pacífico; a este insignificante puerto llegaban las famosas *naos* de China en su primera escala durante su largo y penoso viaje que hacían desde Manila hasta el puerto de

Acapulco; estas embarcaciones venían cargadas de especias y sedas, artículos muy solicitados y costosos en tiempos de la dominación hispana; su tripulación se componía de una heterogénea marinería, integrada principalmente por chinos, negros y filipinos, muchos de los cuales se quedaron definitivamente en San José del Cabo y demás pueblecitos aledaños. Las *naos* llegaban a mi pueblo para abastecerse de agua, comida, carne fresca y, principalmente, para tomar brisas de tierra, todo lo cual constituía la mejor medicina para combatir el escorbuto, enfermedad que atacaba a las tripulaciones durante los largos viajes sin tocar tierra.

Como un paréntesis histórico debemos aclarar que el descubridor de esta importante ruta marítima fue el sacerdote don Andrés de Urdaneta en el año de 1565, quien colgó la sotana y se convirtió en un excelente marino de la armada española. Seguramente que el padre Urdaneta aprovechó las corrientes de Alaska que corren paralelamente a la costa occidental del continente americano, tocando las costas de Alta y Baja California. Para España significó un gran paso en la navegación esta ruta descubierta por el marino y sacerdote católico, ya que anteriormente para comunicarse con las Islas Filipinas y con el Lejano Oriente tenían que seguir la ruta establecida por don Fernando de

Magallanes, quien descubrió estas islas en su primer recorrido alrededor del mundo, es decir, las embarcaciones tenían que atravesar precisamente el Estrecho de Magallanes o el Cabo de Hornos.

Hoy mis ojos contemplan una vez más este cielo limpio y azul, que a veces se confunde con el gran Océano Pacífico en el horizonte infinito, y vuelvo a contemplar el titilar de las estrellas con sus hermosos matices y a escuchar el rumor impetuoso de las olas azotando las playas de mi pueblo; contemplo una vez más las colinas, cerros y montañas, unas veces desiertas de vegetación y otras veces cubiertas de un bellísimo verdor, también tirando a color de esmeralda.

Como sería prolijo estudiar, a través de las disciplinas histórica y genealógica, a los habitantes de esta lejana región de México, hemos de conformarnos con saber que los aborígenes de este pueblo se mezclaron en principio, con europeos y asiáticos, formando una unidad étnica y cultural para vivir y trabajar en armonía. Tal parece que estas razas tan disímolas lograron unirse a través de las doctrinas y prédicas cristianas, traídas de estas tierras por los misioneros católicos.

Las gentes de mi pueblo eran muy trabajadoras y sanas física y espiritualmente. Los rancheiros daban la impresión de ser inocentes, a pesar

de ser hombres fuertes y vigorosos; recuerdo que eran de carácter alegre y bullanguero y parecían estar viviendo en una fiesta permanente, siempre alegres y de buen humor. Cada semana había convites, bailes populares y reuniones sociales en donde se divertían sanamente. Esta alegría era aún mayor durante las fiestas patrias, porque los rancheros y campesinos que vivían en los pueblos chicos circunvecinos venían a San José del Cabo por ser la cabecera del municipio. Recuerdo que había muchas peleas de gallos, jugadas de baraja, carreras de caballos e infinidad de fandangos en cada uno de los minúsculos barrios en que se dividía el pueblo; los rancheros llegaban bien montados y mejor vestidos, algunos procedentes de lugares cercanos y los demás venían de los pueblos de Santiago, Miraflores, Caduaño, La Palma y Santa Anita. Por cierto que la mayor parte de estas gentes eran criollas y mestizas muy bien parecidas y traían caballos muy finos y buenas monturas.

El bienestar y la tranquilidad en que vivían estos pueblos se debía en gran parte a su trabajo constante y fecundo, principalmente en las épocas de la molienda y de la caña de azúcar, en cuyos trapiches prestaban sus servicios más de 500 hombres. Las 14 o 15 *panocherías* (trapiches) que existían en aquellos tiempos constituían una fuente de

trabajo para los obreros y campesinos de la región: algunos cortaban la caña, otros las acarreaban de las huertas a los molinos, mientras que los demás eran leñadores y muleros, quienes traían la leña de los cerros vecinos para ser utilizada precisamente en la molienda. También trabajaban caldereros, cebadores, gabaceros y cacaixtleros; estos últimos tejían los *huacales* para empacar y conservar la panocha. Recuerdo que estos famosos *cacaixtles* eran una verdadera obra de arte: los construían con vara de palo de arco, amarrado con alambre delgado y forrados por dentro con los propios bagazos secos de la caña; estaban tan bien hechos que podían conservar la panocha por meses y aun por años sin que se echara a perder.

Los sábados, domingos y durante la temporada de la zafra y de la molienda se celebraban de diez a doce bailes populares en los pequeños barrios de San José del Cabo. Los trabajadores y las gentes humildes se divertían sanamente sin que hubiera pleitos entre sus concurrentes, si acaso pequeñas riñas a puñetazos y patadas, pero jamás usaban armas de fuego o arma blanca. Había pocos delitos de sangre y mucho menos robos; por lo regular la gente era buena y honesta. Eso sí, existían delitos de raptó y estupro, provocados seguramente por las necesidades fisiológicas de estos hombres

sanos y bien alimentados. La embriaguez era un vicio poco conocido y los borrachos eran escasos y estaban apartados de aquella sociedad que había aprendido a comportarse en tan alejada península.

Los trapiches producían miles de cargas de piloncillo (panochas) y los ranchos abundante queso y carne seca. Por eso es que al puerto de San José del Cabo llegaban barcos de todas partes, especialmente de Guaymas, Santa Rosalía, Mazatlán, Ensenada y hasta de los puertos de San Diego, San Pedro y San Francisco. Daba gusto ver las estibas de queso y carne seca y las enormes pilas de *cacaixtles* de panocha que se embarcaban en aquellas playas arenosas y profundas, por cierto muy difíciles para el trabajo de alijo y desalijo, como llaman las gentes de mar a maniobras de carga y descarga de los barcos. Naturalmente que estos negocios generaban trabajo y riquezas, por eso es que circulaba bastante dinero y que en mi pueblo no existía gente demasiado pobre: todo mundo usaba zapatos y buena ropa, aunque fuera de mezclilla. Eran raros los hombres que usaban huaraches, había pocos mendigos y la gente era limpia y por lo regular no padecía de enfermedades contagiosas.

30 Pero además de la producción agrícola y ganadera, aquel pueblo producía hombres fuertes y vigorosos, muy solicitados, por cierto, por los

famosos “enganchadores”, quienes venían a contratar hombres de trabajo para las minas de Santa Rosalía y Cananea o para llevarlos a desempeñar faenas muy pesadas al extinto Territorio Norte de la Baja California o a los Estados Unidos de Norteamérica. Llegué a conocer hombres en mi pueblo que medían más de dos metros de estatura y que calzaban zapatos del número doce. Todavía se reflejan en mi mente aquellos rancheros y campesinos que eran contratados como “enganchados” para llevárselos a otras regiones de donde muchos de ellos jamás regresaron. Por eso es que en la parte norte de Baja California, en el sur de los Estados Unidos, especialmente en Santa Rosalía y Cananea, se quedaron muchísimas familias procedentes de San José del Cabo. No se borran de mi mente los famosos “changos de San José Viejo”, una familia prácticamente de gigantes, quienes eran tan altos que arrastraban los pies cuando montaban en sus caballos. Recuerdo también a *los Mapaches*, familia apellidada Ceceña: don José, don Alfonso, *el Chato*, también de talla gigantesca; los Peralta de Santa Catalina, don Adrián Sánchez, etcétera; y así podríamos mencionar a un centenar de hombres y mujeres de tallas enormes, quienes nacieron y crecieron en este pueblecito que me vio nacer.

Además del trabajo fecundo y creador que daba estabilidad económica y salud, la gente de mi pueblo se preocupaba por estudiar y aprender, por lo menos las letras del alfabeto y las famosas tablas de sumar, restar y multiplicar. Ciertamente existían muy pocas escuelas, pero había maestros particulares que impartían las primeras enseñanzas a los niños por eso es que prácticamente no existían analfabetas, ya que cada quien estudiaba y aprendía según sus posibilidades y su buen saber y entender. Naturalmente que con el tiempo se establecieron escuelas de primera enseñanza y fueron llegando también maestros del interior del país, especialmente del estado de Colima, quienes fueron los promotores de la cultura de mi pueblo. A mi mente fluyen los nombres de verdaderos apóstoles de la educación, quienes pusieron los cimientos para enseñar y dar luz a estos pueblos tan alejados de México y del resto del mundo.

Don Vicente V. Ibarra, profesor colimense, fue una figura luminosa del magisterio y quien con mayor entusiasmo impulsó la educación en mi pueblo a la vez que fue forjador de maestros sudcalifornianos, quienes al correr de los tiempos llegarían a ser figuras del magisterio nacional. Don Vicente V. Ibarra formó a los profesores Alfredo Green González y a don Pablo L. Martínez, ambos

originarios de San José del Cabo y pertenecientes a familias muy humildes. Don Alfredo fue maestro a lo largo y a lo ancho de la república mexicana y don Pablo L. Martínez maestro e historiador fecundo quien dejó huella luminosa en la propia historia de la Baja California. Junto a estos insignes maestros e intelectuales salidos de la forja de don Vicente V. Ibarra, debemos mencionar también a ilustres mentores nacidos en mi pueblo que han dado prestigio a la península y al propio país, tales como don Jesús Castro Agúndez, la profesora Dominga Márquez, Lugarda Pedrín (Lila), y muchísimos otros insignes maestros que escapan a mi memoria y quienes forman parte de las páginas luminosas de la historia cultural de todo el pueblo de Baja California Sur. Dios bendiga a estos grandes maestros de la niñez y de la juventud de esta alejada península, quienes nacieron y se formaron en este pequeño pueblo, arrullado por las olas del mar y acariciado por las brisas tropicales de este último rincón de la patria mexicana, enclavado también en el último bastión del hoy estado sur de la Baja California.

Por supuesto que no todos los maestros de San José del Cabo estaban preparados para impartir enseñanza a la niñez; algunos de ellos de tan escasa cultura que apenas conocían la “o” por lo redondo, pero que ponían todo su esfuerzo y entusiasmo

para enseñar a los niños cuando menos el “abcé”, como decían los rancheros. La imaginación popular hacía corrillos y chistes a costa de la ignorancia de algunos de los maestros. Aquella sociedad tan alejada del mundo siempre estaba de buen humor y se conformaba con lo bueno y con lo malo. A propósito de cuentos, me viene una de tantas anécdotas achacada a una maestra que le dio por impartir clases de historia y que narraba el descubrimiento de América con su característico lenguaje. Iniciaba la clase de la siguiente manera:

—Fíjense, niños, que don Cristóbal Colón, el marinero que descubrió el Nuevo Mundo, antes de iniciar su viaje tuvo muchísimos problemas, porque no tenía dinero para construir sus barcos ni para comprar comida y pagarle a la marinera, pero entonces se fue a buscar a una señora prestamista que le decían la reina y a quienes los españoles le llamaban por cariño *la Chabelita*, pero resultó que esta santa señora estaba en esos momentos muy recortada y tuvo que empeñar unos anillos de oro, aretes y muchas alhajas que tenía guardadas desde mucho tiempo, para poder prestarle los centavos a don Cristóbal, a quien conocía como un honrado y buen pagador. Con el dinero en la mano el señor Colón se dirigió al Puerto de Palos para construir sus barcos, por

cierto que en dicho lugar tenía muchos amigos, muy especialmente a una señor que le decían Pinzón, así como se llama el hijo de Juanita Green. Después de poco tiempo de trabajar duro y macizo construyó tres barquitos que les puso por nombre *La Pinta*, *La Niña* y *La Santa María*, y pocos días después de haber reclutado a la marinería y conseguido bastante provisión salió del Puerto de Palos como ya les dije antes, habiendo iniciado el viaje con muy buen tiempo, pero ya que empezaron a meterse al Atlántico los agarró un chubasco fuertísimo, igualito al que cayó aquí el año pasado. El temporal fue tan fuerte que se marearon todos los marineros y era un vomitadero por todas partes, pero siguieron navegando día y noche, mirando puritito mar y cielo, pero fíjense que después de navegar varias semanas se le empezó a acabar el agua y la comida y los marineros se enojaban muchísimo queriendo pelear con don Cristóbal, porque creían que los había engañado, pero no crean muchachos que les tuvo miedo, se les enfrentó y los convenció para seguir navegando. Pero para no alargarles mucho el viaje un día de tantos muy de mañanita, uno de los marineros que venía arriba del palo mayor de uno de los barcos empezó a gritar muy desesperado: “¡Tierra y Libertad!”.

Aquí fue cuando surgió una curiosa interrupción, porque uno de los niños que estaba muy atento escuchando el relato le dijo a la profesora:

—Señorita, señorita, igualito a lo que dijo Emiliano Zapata.

Entonces la maestra le dijo un poco contrariada al niño:

—Cállate la boca, muchacho, tú qué sabes si tú no venías allí; mejor salte de la clase y no estés molestando.

Y así por el estilo podríamos relatar un sinnúmero de anécdotas achacadas a estos maestros improvisados que impartían la enseñanza a aquellos niños que vivían tan alejados de la patria y de Dios.

Además de riqueza, de hombres vigorosos y de insignes maestros, mi pueblo, en sus buenos tiempos dio hombres de lucha y caudillos patriotas quienes supieron defender a la Baja California y a México. De este pequeño pueblo salieron: don Mauricio Castro, don Ildelfonso Green, don Pablo Gastélum, don Pablo Zumaya y una pléyade de hombres que supieron enfrentarse a los enemigos de la patria, muchos de ellos defensores íntegros de los principios liberales y de las instituciones revolucionarias que rigen en nuestro país. Don Ildelfonso Green, quien defendió la Constitución de 1857 y las ideas liberales de don Benito Juárez, fue también

revolucionario y un factor muy importante para conservar la paz y la tranquilidad en aquella región durante el periodo un tanto anárquico de nuestra Revolución de 1910. Don Mauricio Castro, al igual que el padre don Gabriel González (tronco genealógico de la familia Villarino, muy extendida en ambos estados de la Baja California), fueron caudillos regionales señalados también en las páginas más brillantes de Baja California. Durante la agresión de los Estados Unidos de 1847, el pueblo entero de San José del Cabo se levantó en armas para defender a la patria. Por eso es que en esta gesta heroica quedaron grabados en la historia de la península los nombres del capitán don José Mijares y los de muchos ilustres mexicanos, que lucharon y perdieron la vida por defender la integridad de nuestra república y que también forman parte de la tradición y de la historia de la Baja California.

Como un paréntesis a la memoria de nuestros caudillos bajacalifornianos, hemos de mencionar el hecho de que después de la guerra del 47 quedó rezagada en el lejano pueblecito de Miraflores una colonia de soldados norteamericanos, en su mayoría de origen irlandés y quienes se quedaron a vivir para siempre en aquella región mezclándose con criollos y aborígenes. Estos soldados pertenecientes al ejército invasor son precisamente los

ascendientes de las familias Kennedy, Robinson, Collins, Dawlings, Maydon e infinidad de troncos familiares que escapan a mi memoria y quienes viven todavía en Baja California incorporados plenamente a nuestra nacionalidad. Otra colonia de extranjeros de origen anglosajón quedó establecida desde hace muchos años en el Cabo de San Lucas, la mayoría de ellos pescadores de ballenas y el origen precisamente de los apellidos Richis, Wilkins, Wilson y demás familias distinguidas que todavía existen en esta región. Esta colonia se estableció por concesiones especiales del gobierno de México y no se recuerda que hayan prestado servicios a sus países de origen.

Naturalmente que debido al aislamiento en que vivieron los habitantes de San José del Cabo y los pueblos circunvecinos, se vieron obligados a abastecerse a sí mismos y a buscar los medios de diversión para llevar una vida lo más placentera posible, pero además aprendieron a curarse por sí solos y a improvisar sus propios curanderos, quienes tenían la obligación de velar por los enfermos. Como dato curioso viene a mi memoria un tipo especial de curandero que se dedicaba a atender a las parturientas: estos eran los famosos *tenedores*, a quienes me tocó conocer en mi niñez. Por lo regular este famoso *tenedor* era un hombre de pequeña

estatura y de avanzada edad que se dedicaba a atender a las mujeres durante el parto: se colocaba por debajo de la señora y la sostenía encima de sus rodillas (por eso se llamaba *tenedor*) para evitar lo que vulgarmente se llama las *juntas*; la parturienta se sostenía con una reata o mecate amarrado del caballete de la casa y por lo regular introducía sus trenzas en la boca. Con esta posición semivertical el organismo hacía presión por sí mismo y el parto se facilitaba mucho más; casi siempre la criatura nacía en el momento preciso y buena y sana. Estos curanderos ejercían muy particularmente en los ranchos alejados de la población, como eran San Felipe, San Lázaro, Candelaria, etcétera.

Había otro tipo de curanderos llamados *los viboreros*, quienes curaban a los enfermos mordidos por estos venenosos reptiles que abundaban y siguen abundando en aquella zona. Estos famosos *viboreros* chupaban la sangre de la herida del enfermo y lo curaban regularmente con un brazo de pitahaya abierto y calentado en las brasas y luego aplicado a la parte infectada.

Mi abuelo materno, don José Sánchez Castro, curaba la rabia en forma muy singular, ya que atendía a los rabiosos precisamente cuando tenían las convulsiones de tan tremendo mal. Me tocó ver infinidad de enfermos amarrados en el corredor

de la casa de la familia Sáñez esperando ser atendidos. Por lo regular eran gentes traídas de lugares lejanos de la península a quienes mi abuelo curaba con paciencia y devoción. Tal parece que el secreto para curar la rabia don José Sáñez se lo llevó a la tumba, pero mis tías maternas algo aprendieron para curar este mal que tanto daño ha causado a la humanidad entera. Según me decían mis parientes Sáñez, especialmente me tío Trinidad, la curación principal consistía en provocar al enfermo fuertes vómitos a base de toma de raíces de carrizo y de otras plantas que no recuerdo; además provocaban al enfermo fuertes sangrías, seguramente para ayudar al organismo a desalojar ese virus indomable.

A propósito de curanderos, me vienen a la memoria los relatos de don Serafín Sosa (*Sosita*, como le llamaban cariñosamente), indígena originario del estado de Oaxaca y mi compañero durante mi larga y accidentada lucha social. Me decía Sosita que él era “yerbero” y hechicero y que curaba a los enfermos de su estado, muy particularmente a los de la sierra Mixteca y Juárez, a base de hierbas medicinales y por medio de la hechicería; que la rabia en lo particular la curaba con “manteca de coyote”, según sus propias expresiones, explicándome que dichos animales tienen

una manteca muy fina en el pecho que proporcionaba a los rabiosos en cucharadas y disuelta o mezclada con jugo de naranja o de limón, y que las tomas las aplicaba precisamente en los momentos en que sufrían las convulsiones. El caso más extraordinario que me contó Sosita fue lo sucedido a un rabioso que le trajeron de la Mixteca Alta y quien fue mordido en una pierna por una víbora de cascabel cuando lo tenían amarrado a un árbol durante el largo viaje que tuvieron que hacer de la sierra a la ciudad, la mordida le provocó una fuerte sangría, pero inesperadamente el rabioso se sintió sano y empezó a pedir a gritos agua y comida. Lo más curioso fue que a la víbora la encontraron muerta a poca distancia del enfermo y Sosita me decía en forma muy doctoral que seguramente el veneno de la víbora había sido el antídoto del virus de la rabia, y que ésta a su vez había matado al reptil y que valdría la pena estudiar ese inesperado fenómeno para el bien de la humanidad. Cuando conocí a don Serafín Sosa tenía instalado su “consultorio” en la ciudad de Oaxaca, a donde le llevaban los enfermos aun de los lugares más apartados, recorriendo grandes distancias a pie, en burro o a caballo; a los enfermos que traían de lejanas tierras regularmente les provocaban las convulsiones de rabia durante la larga caminata y

de ahí la precaución de los familiares para amarrar al rabioso en algún árbol cercano al paraje donde se detenían a pernoctar.

Otro curioso relato me lo contó un señor ingeniero amigo mío que me merecía profundo respeto y admiración por sus ideas y gran cultura, inhibiéndome de mencionar su nombre por respeto a su memoria y por lo chusco del caso.

Pues bien, el señor ingeniero me contó que él había trabajado durante muchos años en la construcción del ferrocarril transísmico y que por ese motivo instaló sus oficinas principales en la ciudad de Tehuantepec, siendo necesario buscarse a una señora del pueblo para que le preparara los alimentos, lavara la ropa y en general que realizara los trabajos de la casa; pero que con el tiempo, y debido seguramente a la soledad en que se encontraba, fue tomándole cariño y confianza a la doméstica y al final de cuentas tuvo sus “quereres” con ella, tomándola de compromiso. El maridaje duró todo el tiempo que el ingeniero prestó sus servicios en la construcción del ferrocarril. Posteriormente se trasladó a la ciudad de México, en donde tenía a su familia, dejando a la tehuanita aparentemente tranquila y conforme con su ausencia; pero al poco tiempo de su partida empezó a notar un fenómeno sumamente raro, ya que sus órganos genitales,

miembro y testículos fueron reduciéndose de tamaño. Al principio no le dio importancia al hecho, porque pensó que se debía seguramente al cambio de clima y alimentación, pero los órganos continuaban reduciéndose, provocándole verdadera alarma y temor. Entonces empezó a consultar a médicos por todas partes, mexicanos y aun extranjeros, sin haber encontrado medicina capaz de contrarrestar aquella extraña enfermedad. “Imagínese usted — me decía el señor ingeniero— la pena y la angustia que yo sufría, pues mis órganos fueron materialmente desapareciendo, mis testículos se hicieron más chicos que los de un gato y hubo ocasiones que tenía que sentarme a orinar como cualquier mujer”.

Para su buena suerte, un día de tantos encontró a un paisano de Tehuantepec, a quien le contó la extraña enfermedad que padecía. Entonces él le aconsejó muy sensatamente que regresara a Tehuantepec y siguiera viviendo de compromiso con la tehuanita y que ella le daría las tomas y los yerbajos para que volviera a su estado normal. “Y así fue, señor licenciado — me decía el ingeniero—, regresé y al poco tiempo empecé a recobrar mis energías y mis órganos, previas las medicinas que discretamente me proporcionaba aquella mujer”.

Es indudable que la farmacopea de nuestros antepasados era la base fundamental para el

tratamiento y curación de los enfermos y yo considero un gravísimo error histórico el no haber conservado este valiosísimo legado de la civilización prehispánica. ¿Cuáles fueron los procedimientos empleados para la reducción de los órganos del cuerpo humano, tal como lo vienen haciendo todavía los aborígenes de Ecuador, Colombia y Venezuela con las cabezas humanas, cuyo tamaño lo reducen en forma extraordinaria? ¿Cuáles fueron los conocimientos profundos que tenían los habitantes del México antiguo para conservar la salud y curar sus enfermedades?

Como consecuencia del auge alcanzado en San José del Cabo en aquellos tiempos, se fueron estableciendo empresas y negocios de bastante importancia, especialmente para comprar y vender mercaderías. La Casa Mercher de Mazatlán, Sinaloa, se estableció en San José del Cabo; la famosa Casa Alemana, la cual operaba en gran escala comprando queso, panocha, carne seca, pieles, etc., a la vez que traía ropa o semillas del puerto de Mazatlán y del interior del país. Esta casa comercial manejaba bastante capital y tenía sus propios barcos para llevar y traer sus productos.

Establecieron también sucursales de la Casa Martínez y de la Casa Cenizo de Guaymas, Sonora, y a mi pueblo llegaban agentes viajes de

lejanas tierras, particularmente de los puertos del Pacífico. En las playas de San José fondeaban infinidad de barcos de vela, otros de vapor generados con leña y carbón, y también había líneas regulares de barcos que venían desde San Francisco, California. Así es como arribaba a aquellas playas arenosas el famoso *Curaçao* —navío muy viejo por cierto, que hacía recorridos constantes desde los puertos de Norteamérica hasta Manzanillo y Acapulco—, y llegaba de vez en cuando el *Nogales*, barco “panochero” que hacía su ruta en el golfo de Baja California hasta la desembocadura del río Colorado. Don Arnulfo Liera, comerciante establecido en Santa Rosalía, era propietario de aquellos barquitos de vela que hacían viajes regulares a San José del Cabo para transportar carne seca, mangos, queso y panocha. Posteriormente también fondearon en este pequeño puerto el *Bonita*, el *Golden Gate*, el *Bolívar*, el *México* y otros buques más que escapan a mi memoria.

Otro de los negocios comerciales de importancia que operaban en mi pueblo era la famosa Casa Canseco, posteriormente llamada González Canseco y Cía. Esta negociación manejaba regular capital que era administrado por los hermanos Valerio y Manuel González Canseco, personas de buena reputación en el pueblo. Otros comercios

medianos y pequeños operaban en San José del Cabo y se sostenían con holgura; por lo regular estos comerciantes eran también propietarios de ranchos y de huertas grandes y pequeñas, combinando el comercio con la agricultura y la ganadería.

Llegó a circular mucho dinero y efectivamente había gentes muy ricas. A mí me tocó curiosear, por una casualidad, las cajas de seguridad de don Juan Cozzulo, un austriaco que se radicó en San José del Cabo, quien se dedicó al comercio con bastante éxito. Me quedé también sorprendido al contemplar la caja fuerte gigantesca de mi distinguido amigo, ya extinto, señor don Roberto Fiol, quien llegó a ser nada menos que el propietario de la Casa Alemana. Tanto don Juan Cozzulo como don Roberto guardaban cantidades cuantiosas de monedas de oro americanas y dinero del cuño nacional, de aquellos famosos pesos fuertes de la balanza y el gorrito; por cierto que en aquel tiempo estaba al dos por uno con la moneda americana. Don Roberto Fiol tenía además alhajas de oro y pedrerías finas de valor incalculable.

Seguramente los rancheros de Caduaño, de La Palma y de Miraflores eran gentes que tenían capital. Me tocó ver ordeñar hasta 500 vacas en un solo día en el rancho llamado La Trinidad, ubicado en la Sierra de la Laguna; este rancho era

propiedad de la familia Fiol. Con esta producción lechera se fabricaba queso y mantequilla de excelente calidad.

En las sierras y los montes altos de esta zona se producían, y aún se siguen produciendo, muy buenos pastos, y sobre todo arbustos y ramajales de elevado índice alimenticio; había mucho orégano, damiana, yerba del venado, con los cuales el ganado engordaba muy rápidamente y producía leche en abundancia. El queso y la carne del sur de la Baja California tenían muy buen mercado en el norte de la península y en todos los puertos vecinos del Pacífico. Debemos hacer notar que los rancheros no mantenían su ganado, debido precisamente a la bondad de la tierra y del clima y de aquellos pastos y ramajales vírgenes en donde el ganado se mantenía sin costo alguno para sus dueños.

Existían en los montes altos verdaderos bosques de encinas belloterías, ciruelos silvestres, guayparines, manzanitas, gigantescos árboles de zalate e infinidad de arbustos que producían frutos para alimentar a los animales salvajes y domésticos. Las bellotas y ciruelas eran bocado exquisito para los marranos que existían en estado semisalvaje en aquella región. Recuerdo que a estos animales les crecían los comillos en forma desproporcionada y se volvían tan feroces como los jabalíes;

para poder capturarlos era necesario esperar que engordaran demasiado, de manera que no pudieran correr. Era entonces que la captura de la presa se facilitaba, pero en otras ocasiones había que cazarlos con rifles como cualquier animal salvaje.

Había también grandes bosques de palo blanco y palo escopeta de cuya corteza sacaban el cascalote que servía para los tintes de pieles y vaqueta. A este producto, que alcanzaba muy buen precio en el mercado nacional y extranjero, se debía que muchas personas trabajaran recolectando las cortezas, aprovechando al mismo tiempo la leña de los árboles ya desnudos por ser muy buen combustible. La lechuguilla era otra planta que servía para el tinte de vaquetas y pieles, la cual era muy solicitada por los rancheros de la región.

Las yerbas medicinales eran aprovechadas por las gentes del pueblo para curarse. En los campos se producía una especie de camote llamado yerba del indio que se utilizaba para curar el paludismo con bastante éxito; esta yerba era muy parecida al famoso peyote que utilizaban los campesinos de los estados de Nayarit, Zacatecas y Durango. El *lomboy* es un arbusto que todavía existe en los montes californianos; su corteza produce un líquido cicatrizante de heridas e inclusive lo aprovechan muchas personas para curarse la conjuntivitis, enfermedad de los ojos

común en las zonas tropicales. La yerba del manzo era otra planta medicinal que servía para curar las heridas y los tumores. Otro arbusto de un gran porvenir industrial es la llamada jojoba, que produce un fruto de donde se sacan tintes y aceites muy valiosos que alcanzan magnífico precio en nuestros mercados. La yerba de la flecha la aprovechan los campesinos ribereños de las costas para pescar las diferentes especies marítimas que producen tanto en el Pacífico como la costa del Golfo de Baja California; esta planta es sumamente venenosa y al arrojarla al mar mata inmediatamente a los peces.

En fin, plantas de ornato y yerbas aromáticas que servían para obtener un té exquisito, tales como la damiana y la yerba del venado; ambas variedades tienen mucha demanda en el comercio, especialmente la damiana, de donde se extrae un licor que tiene características afrodisiacas.

La fauna y la flora de este extenso y rico territorio significaban una enorme riqueza para las gentes del pueblo, de donde obtenían el sustento diario. El ciudadano que deseaba cazar en aquellos tiempos podía hacerlo libremente, por eso es que la gente se alimentaba con carne de venado o de cualquier animal mostrenco, es decir, animal sin fierro ni señal; por eso se puede decir que las personas que vivían en nuestros campos no pasaban

hambre. En las sierras altas había también cabras silvestres, gato montés, leones (pumas). En la actualidad la fauna ha ido desapareciendo, pues ya no se encuentran fácilmente en nuestros campos animales domésticos ni salvajes.

La gente se alimentaba también con buenos mariscos y pescados. En aquellos tiempos no existía mayor restricción legal, de manera que el ciudadano podía obtener el sustento diario de lo que producen con tanta abundancia nuestros mares a todo lo largo y ancho de ambas costas: caguama, almeja, callos de caracol y de hacha e infinidad de ostras y moluscos. Los criaderos de perlas finas tenían fama en todo el mundo, ya que del golfo de Baja California se extraían de manera copiosa. De esta actividad vivían muchas familias de la región. Las ostras de la concha perla producen un callo exquisito de un valor alimenticio incalculable, que los pescadores y rancheros conservaban por mucho tiempo y que les servía como alimento en las temporadas malas. En fin, tiburones, ballenas, mantarrayas, pargos, atunes, albacoras e infinidad de especies cuya captura daba ocupación a centenares de hombres, a la vez que servía de alimento al pueblo, de donde provenía su buena salud y resistencia física.

50 Debe causarnos profunda tristeza el hecho de que nuestra gente de mar ahora no pueda disfrutar

de esta enorme riqueza, porque lo prohíben nuestras leyes y porque las especies más nobles se han ido agotando debido a la explotación irracional de empresas extranjeras que tienen permiso y concesión para llevarse los productos de nuestros mares hacia el exterior.

Estimo necesario que todos los aspectos de nuestra economía deben preverse a través de una sensata planificación para producir alimentos básicos de buena calidad y precios al alcance de los bolsillos de los pobres, de manera que no estemos esperando que nos envíen del interior del país o del extranjero alimentos enlatados caros y, a veces, de dudosa calidad. Baja California, sobre todo el extremo sur de la península, debe convertirse en una gigantesca factoría para producir alimentos suficientes para el pueblo, dándole ocupación y evitando que emigre a otras partes.

CICLONES Y PALUDISMO

Pero aquel paraíso natural en el que vivían las gentes de mi pueblo llegó a perturbarse en repetidas ocasiones debido a los ciclones que azotaban a aquella región, devastando sus hogares, huertas y sus árboles.

Cada vez que una tormenta tropical llegaba a tierra firme arrasaba cañaverales, destruía casas e infinidad de animales y a los propios seres humanos. El mar enfurecido arrojaba sus olas impetuosas hasta meterse al centro de la población y los vientos de increíble velocidad convertían a aquel pueblo en un juguete de las fuerzas del averno, haciéndolo desaparecer casi materialmente de la faz de la tierra. Durante aquellas noches tormentosas, que se hacían eternas, parecía que el demonio andaba suelto con el propósito de destruir hasta la última pulgada de las huertas y los hogares que con tanto esfuerzo habían construido los habitantes de San José. Pero a pesar de lo acontecido volvía la calma al pueblo y sus gentes volvían a trabajar con ahínco y tesón para construir lo que

con tanta precipitación habían destruido las fuerzas ciegas de la naturaleza. Las gentes volvían a reconstruir sus hogares y a sembrar sus huertas, hombres y mujeres de todas las clases sociales trabajaban incansablemente para rehacer esa vida de alegría y tranquilidad.

Estos famosos ciclones y tormentas tropicales se forman en el Pacífico sur, de donde son arrojados con increíble furia y velocidad hasta tocar a este minúsculo bastión de la Baja California que defiende a su vez el macizo continental de nuestra república.

Los josefinos volvían al trabajo creador y empezaban nuevamente a levantar cercos, a nivelar terrenos, cavar vallados y acequias para conducir el agua bienhechora muchas veces desde kilómetros de distancia. Todos los agricultores grandes y pequeños se unían para construir los canales conductores del agua, para conservarlos limpios y distribuir los volúmenes de regadío en forma correctora y equitativa. No existían reglamentos ni leyes para la distribución de las aguas, pero había una verdadera comunidad de usuarios que trabajaban mancomunadamente y nombraban sus propias autoridades responsables de dichos trabajos. Cada año designaban a un juez, encargado precisamente de la vigilancia de los canales

y la correcta distribución del agua para regar todas y cada una de las huertas existentes. Así es como quedaba reconstruido mi pueblo, con base en este trabajo en común de todas las gentes, quienes continuaban viviendo con la misma alegría y buen humor, renaciendo una vez más el afán para trabajar y el estímulo para conservar la tranquilidad y el progreso en aquella comunidad.

Después de los ciclones llegó a San José del Cabo el paludismo procedente del estado de Sinaloa, plaga peor que las tormentas por los males que causó a toda la población. Los mosquitos portadores del virus tan maligno se adaptaban a los esteros y aguas estancadas que habían quedado después de los arroyos provocados por las lluvias torrenciales; esta tremenda enfermedad atacó de inmediato a hombres, mujeres y niños, a pobres y ricos, de manera que no quedó una sola familia que no fuera afectada por la famosa *palúdica*, como se le llamaba vulgarmente. Fueron necesarios muchos años de trabajo sanitario y esperar el curso del tiempo para que desapareciera este virus que ya se había hecho endémico en la región. Pero el paludismo a su vez fue el precursor de la tuberculosis que atacó también a casi toda la población de San José del Cabo, particularmente a los organismos más débiles como eran los niños y los ancianos,

de manera que la peste blanca (*el delgadito*, como le llamaba irónicamente el pueblo) hizo verdaderos estragos entre los moradores. Durante mi niñez me tocó ver morir a familias enteras que habían contraído tan tremenda enfermedad. Daba horror y conmiseración ver a aquellas gentes contagiadas por la tuberculosis que en otros tiempos habían sido hombres fuertes y vigorosos. Venturosamente el virus de la tuberculosis también ha sido erradicado de San José del Cabo y las generaciones presentes volvieron a ser sanas y fuertes como las que conocí en mi niñez y en mi juventud.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA: EL GENERAL FÉLIX ORTEGA. FÉLIX Y SANTIAGO

Otra perturbación grave fue la revolución mexicana, cuyo influjo llegó hasta mi pueblo con mayor fuerza que las tormentas tropicales. Hasta la punta de la península llegaron oleadas de gentes del interior del país llenas de pobreza, de ambición primitiva y poseídas de una fuerza belicosa incontenible. Los hombres de la revolución arrasaron aquellos pueblos sin dejar piedra sobre piedra, como decían las profecías bíblicas.

Unas veces llegaban los federales y otras los revolucionarios. Los de la federación eran soldados del gobierno de don Victoriano Huerta, mientras que los revolucionarios eran las gentes del pueblo, los pobres, los desarraigados, los humildes que se habían improvisado en ejércitos, acicateados por el hambre, la miseria y el deseo de una vida mejor. Los ejércitos federales en su mayoría también estaban integrados por gentes del pueblo, pero arrancados de sus hogares, de sus trabajos y de sus campos por las famosas *levas*, implantadas desde los tiempos de don Porfirio Díaz. Los jefes,

oficiales y aun los sargentos eran gentes salidas de los colegios militares, instruidas en una disciplina pretoriana intransigente. Efectivamente estas clases selectas del ejército federal sabían mandar e implantar una dictadura férrea en los cuarteles.

A mí me tocó curiosear durante mi niñez en los cuarteles de la federación y observé el trato de que eran víctimas los soldados. Los cuarteles estaban llenos de piojos, eran sucios y malolientes, y los soldados estaban contagiados por enfermedades venéreas; no había sanidad ni atención médica, de manera que aquellos pobres hombres se curaban como podían. Recuerdo que cada soldado ganaba un peso diario, de ahí les quitaban las famosas *quintas* y tenían que pagar *rancho*, es decir, la comida que se cocinaba en los cuarteles. Recuerdo que eran grandes peroles de comida revuelta y a cada soldado le daban su respectivo cucharón, alimento más propio para perros que para seres humanos. Los sargentos segundos y primeros y aun los cabos que ganaban un poco más compraban la comida fuera del cuartel, o bien tenían sus propias mujeres que los atendían tanto en su alimentación como en su ropa. Estas mujeres eran las famosas soldaderas que vivían en los cuarteles y que sirvieron con su sacrificio y esfuerzo a la revolución.

Los revolucionarios eran grupos de gente reclutada del sector más humilde de nuestro país. Regularmente no sabían por lo que luchaban: unos se enrolaban en las filas del ejército revolucionario por instinto o por necesidad, otros ingresaban para restañar viejas heridas o venganzas pueblerinas y los demás querían vivir mejor y sacudirse para siempre la miseria ancestral y las injusticias cometidas por la oligarquía criminal que ha producido México durante siglos.

Los ideólogos del movimiento social apenas si se habían oído mencionar; raras veces se escuchaban los nombres de Flores Magón, Sarabia, Rivera o Baca Calderón, entre otros. Si acaso unos cuantos trabajadores de minas y de las industrias textiles habían leído los libros y los manifiestos de tan insignes luchadores. Quienes lucharon y dirigieron nuestra revolución fueron caudillos instintivos, por eso nuestro movimiento armado fue "caudillista". Las gentes del pueblo fueron villistas, carrancistas, zapatistas, obregonistas, etc., según el caudillo que más les gustaba, el hombre de mayor simpatía, o bien, el más capaz para organizar y dirigir estas huestes alzadas en armas y de improvisados ejércitos.

58 Durante mi niñez y adolescencia me tocó observar e impresionarme con ambos bandos que luchaban entre sí; después, durante mi juventud,

por una coincidencia del destino me tocó revolverse con estos hombres del pueblo y conocer más de cerca sus angustias y sinsabores.

Así fue como esta inquietud revolucionaria llegó hasta este pueblo y también se improvisaron soldados, unos dándose de alta con los federales y otros incorporándose a las filas de los caudillos revolucionarios, quienes habían llegado para dominar y conquistar este último rincón de la Baja California. Fueron precisamente los campesinos y trabajadores de huertas y *panocherías* los que se incorporaron a las huestes revolucionarias.

Pocos caudillos jefes y oficiales salieron de San José del Cabo; quienes lucharon más bien fueron simples soldados que empuñaron las armas para pelear en contra de sus hermanos de clase. Pero en cambio de los demás pueblos vecinos salieron capitanes y hasta generales de división. De La Paz fueron originarios los generales Sobarzo y Villavicencio, don Urbano Angulo y el señor coronel don Miguel Andrade; de la Purísima el general de división don Juan Domínguez Cota; de Todos Santos los generales don Melitón Albáñez y don Agustín Olachea Avilés; este último, al correr de los tiempos llegó a ser gobernador del Territorio Sur en varias ocasiones y figuró prominentemente en la administración pública en nuestro país. Estos

personajes originarios del hoy estado sur de la Baja California ya pasaron a mejor vida y es la historia la que tiene que juzgar sus actos y su conducta.

Pero hombres de la talla de don Félix Ortega, el verdadero iniciador de la revolución en la Baja California y quien tuvo la entereza de enfrentarse a la dictadura de don Victoriano Huerta, son pocos recordados por la historia contemporánea de la Baja California. Don Félix Ortega, general brigadier y gobernador del extinto Territorio Sur, cuyo ejemplo de hombría y decisión fue seguido precisamente por sus hijos Félix y Santiago, a quienes me tocó conocer personalmente cuando enarbolaron las banderas del villismo que operaron en la parte sur de la península. Félix y Santiago fueron capitanes del ejército revolucionario y llegaron hasta mi pueblo con una partida de hombres armados y resueltos a luchar hasta el final por la causa que defendían; a la derrota del villismo tuvieron que salir del Territorio Sur e hicieron una caminata heroica de más de 1,500 kilómetros. A lo largo de los hoy denominados estados sur y norte de Baja California. Los "orteguistas", que salieron del pueblo de Santiago a caballo, atravesando ambos estados de punta a punta, tuvieron grandes vicisitudes a lo largo de este recorrido a través del cual llegaron hasta la ciudad de Mexicali, hoy capital del estado

norte de Baja California. Esta marcha, que se nos antoja apocalíptica, fue realizada solamente por aquel general de la Reforma llamado don Manuel Márquez de León, nacido en el pueblo de Todos Santos y quien tuvo el valor de enfrentarse por primera vez a la dictadura de don Porfirio Díaz. Márquez de León es recordado con veneración por nuestro pueblo.

Como un paréntesis a este relato, y como un acto de justicia histórica, debemos también mencionar al señor coronel de caballería don Atanasio Villarino Ceceña, originario de San José del Cabo, hombre pundonoroso y excelente amigo.

Los compañeros de los hermanos Ortega durante la revolución villista, y quienes hicieron también el recorrido transpeninsular, fueron los señores Apolonio y Amado Sánchez —originarios del pueblo de San Jorge, municipalidad de Santiago—, don Enrique Palacios Labastida —originario de Ensenada, Baja California—, don Jesús Sobarzo, don Indalecio Sánchez, don Pedro Sánchez Cosío, don Sorobabel Ceceña, don Joaquín Villarino y demás revolucionarios cuyos nombres escapan a mi memoria, pero cuyos hechos positivos están registrados en la historia de la Baja California y son recordados también con admiración por todos los que hemos nacido en aquella alejada entidad.

LOS HOMBRES ILUSTRES: FITO DOMÍNGUEZ Y DOMINGO ARRIETA

Debo manifestar que casi todos los pueblos del extinto Territorio Sur fueron cuna de hombres y mujeres ilustres, que han dado prestigio a esta entidad federativa y a quienes el pueblo recuerda con cariño y regocijo.

El ingeniero Modesto C. Rolland fue originario de La Paz. Además de haber ocupado altos puestos administrativos en diferentes gobiernos de la república, fue autor de un importantísimo proyecto para construir una vía de ferrocarril con la suficiente amplitud y características técnicas para suplir el posible canal del Istmo en Tehuantepec. Este proyecto aún continúa estudiándose por técnicos de países interesados dada la importancia que tendría dicha obra para todos los países de la tierra, especialmente para los Estados Unidos y México.

La profesora Rosaura Zapata, nacida también en La Paz, fue la creadora de los jardines de niños de toda la república, quizá la tarea más noble y generosa que representa el futuro de nuestra juventud y de nuestra patria.

El señor profesor Domingo F. Carballo fue un verdadero maestro en el sentido más amplio de la palabra, a la vez que el forjador de la presente generación de maestros egresados de las escuelas normales del estado sur que está impartiendo en la actualidad sus conocimientos en varias partes del país. ¡Qué hombre tan apacible y bondadoso era don Domingo! *Mingo*, como lo llamábamos todos los amigos que lo admirábamos y respetábamos.

Don Pedrito Peláez, paceño de origen, fue un gran compositor y pianista que compuso casi toda la música de los jardines de niños que se toca en todo el país. Don Pedrito aún vive en el puerto de Ensenada y goza del aprecio y afecto de toda la población.

En el pueblo de La Purísima nació el señor Rafael Osuna Bareño, ingeniero civil de un claro talento y funcionario de mucho valer en Petróleos Mexicanos. Asimismo, El Triunfo fue cuna de Panchito Cota, intelectual y poeta bajacaliforniano, hombre modesto que tuvo grandes perspectivas para un futuro mayor. La Paz también fue cuna del señor profesor Lorenzo López González, magnífico técnico de los importantes proyectos y reglamentos educativos que hoy rigen en el estado norte de Baja California.

En el pueblo de Todos Santos nació el famoso *Fito Domínguez*, Rodolfo Domínguez. Este personaje

llegó a ser teniente coronel del ejército mexicano, jefe de la policía en el estado de Jalisco en los tiempos de Guadalupe Zuno, delegado de gobierno en casi todas las delegaciones del extinto Territorio Sur; en fin, un personaje de leyenda, por cierto que muy estimado por todas las gentes que lo conocieron. Fito nunca aprendió a leer ni a escribir, aunque nadie supo jamás cómo se las averiguaba para desempeñar los puestos tan altos que llegó a ocupar; seguramente que tenía una inteligencia muy despejada. Siempre andaba elegantemente vestido, con todas las personas se llevaba bien, era alegre y de buen carácter. Recuerdo que siendo delegado del gobierno de Santa Rosalía, los chamacos vendedores de periódico, que ya sabían que don Fito no sabía leer, se le acercaban y le decían con mucho énfasis: "Aquí está su periódico, jefe". Entonces Fito, con mucha seriedad y discreción, le decía al chamaco: "Quítate de aquí, muchacho, ya sabes que a mí no me gusta la lectura".

Otra hazaña curiosa de Fito, según los corrillos de la gente del mineral de Santa Rosalía, decía que en cierta ocasión la Dirección de Estadística en la Ciudad de México solicitó informes sobre "la fauna y la flora" de la región. Fito inmediatamente mandó detener a una señora de la vida galante que se llamaba Flora, y rindió el siguiente informe

a la superioridad: "Acabo de agarrar a Flora y la Faustina se fue para Ensenada, pero ya la reportamos para que la detengan allá, etcétera, etcétera".

Pero fue con hombres del origen y sencillez de Fito Domínguez que se hizo la Revolución Mexicana. Muchos de los cuales jamás fueron a una escuela, por eso no aprendieron a leer ni a escribir, eran sin embargo gentes de nuestro pueblo con un clarísimo instinto e inteligencia natural.

A propósito viene a mi memoria, los cuentos y chascarrillos que le achacaban a don Domingo Arrieta, viejo y ameritado revolucionario del estado de Durango, quien tampoco conocía la "o" por lo redondo, como se decía vulgarmente. Don Domingo, a pesar de su incultura, llegó a ser general de división, gobernador de su estado natal y senador de la república y estando precisamente en el salón de sesiones del Senado, llegó un campesino de Durango a visitar al señor general, y cuál sería su la sorpresa cuando lo encontró cómodamente reclinado en su curul, con las piernas cruzadas y leyendo el periódico; el campesino saludó con admiración a don Domingo, y le dijo muy discretamente: "Qué tal, mi general, mire nomás, ya aprendió a leer en tan poquito tiempo", a lo que el C. Senador le contestó con mucha parsimonia: "No, hijo, qué voy a aprender después de viejo, pero

fíjate que estoy haciendo tontos a los senadores, porque creen que estoy leyendo, por eso le hice este agujerito al periódico, y desde aquí los estoy viendo y riéndome de ellos”. Muchos cuentos un tanto infantiles, le cargaron al señor general Arrieta, por cierto que me contaron que en sus buenos tiempos había sido “chivero”, es decir, cuidador de chivas, que se levantó en armas junto con Villa a quien volteó “chaqueta” para volverse *carrancista*, tal como lo hicieron muchos revolucionarios que andaban en la “bola” sin rumbo y sin bandera.

LA DEMOCRACIA. EL BOTÍN Y EL HUARACHE

La Revolución Mexicana, después de haber pasado por San José del Cabo, acabó con la paz venturosa en la que habían vivido aquellas gentes tan alejadas de Dios y del gobierno mexicano, pero posteriormente a nuestro movimiento armado vino un periodo de anarquía y desorden porque prácticamente aquel pueblo había quedado sin autoridades, ni del Territorio ni del gobierno del país, así es que mis paisanos tuvieron que gobernarse por sí mismo e inventaron una democracia muy especial. Formaron dos partidos políticos para contender en las elecciones municipales, porque San José del Cabo había sido siempre Municipio Libre, por eso es que las gentes ya tenían experiencia en estos menesteres de la política.

Por supuesto los comicios electorales eran para designar a un Presidente Municipal y a un cabo de policía, que eran las únicas autoridades encargadas de regir los destinos de toda la Municipalidad.

El partido de los ricos se denominaba “El Botín”, y al partido de los pobres lo llamaban “El

Huarache". Efectivamente, en el famoso Botín militaban los riquillos del pueblo y la llamada clase media, y en El Huarache militaban los pobres, los campesinos y la plebe en términos generales. Recuerdo que los dirigentes más distinguidos de El Huarache fueron precisamente don Alejandrito Moreno, el doctor don Severo Garduño y el propio don Roberto Fiol que, como una ironía, pertenecían a los ricos del pueblo. La otra facción, o sea la del El Botín, la dirigían los González Canseco, los Ceceña y los Aragón. En fin, cada quien se acomodaba en el partido que más le gustaba y convenía a sus intereses, grandes o pequeños. Pero como ya sabemos que los ricos son más "vivos" y tienen más recursos e influencias que los pobres, casi siempre ganaban las elecciones, tal como acontece en la actualidad en todas partes.

Los josefinos habían despertado a las corrientes revolucionarias que agitaban a todo el país y que habían llegado como "cola de chubasco" a aquel lugar, y así fue como continuaron viviendo por varios años en un periodo de confusión política y de anarquía legal, por eso es que aquellas gentes se sentían libres y un tanto intransigentes en su manera de pensar, ya que no existía ninguna autoridad capaz de encauzar sus inquietudes ni controlar sus actos.

Durante un largo periodo, precisamente cuando pasé mi infancia y juventud, recuerdo que a mi pueblo no llegaban ni siquiera los curas católicos, y eso es mucho decir, porque un pueblo mexicano que carece de sacerdotes de la religión católica entra en sospecha y la gente se dice con alguna malicia: "por algo ha de ser". Pero como una verdadera excepción llegaron por allá dos sacerdotes de origen italiano, con tan mala suerte, que ambos colgaron la sotana y se casaron; don Pedro Franzoni se casó con una mujer distinguida de la sociedad, y el padre Celestino raptó a una viuda, por cierto cargada de familia. Así es como los josefinos perdieron hasta la autoridad moral que pudieran haber tenido sacerdotes tan distinguidos, quienes habían llegado nada menos que desde la Ciudad Eterna, cuna del catolicismo universal.

Sin embargo, y no obstante las peripecias por las que había atravesado San José del Cabo durante el periodo revolucionario y después de la confusión, anarquía y desorden, llegó un momento de auge inusitado debido al cultivo del tomate, cuyo producto había alcanzado muy buenos precios en el mercado de Estados Unidos por la excelente calidad que se producía en la región. Así fue como se inició nuevamente el entusiasmo por parte de los trabajadores y agricultores de manera que se

dedicaban a sembrar el famoso tomate, arrancando los cañaverales, árboles frutales e inclusive dejaron de sembrar los cereales más indispensables para el sustento diario, como son el frijol, el maíz, el garbanzo, etc., etc.; y empezaron a circular dólares y las famosas monedas americanas de 20 y 50 dólares, llamadas vulgarmente *alazanas* debido a su color dorado; el dinero corría a montones y al puerto de San José del Cabo llegaron nuevamente barcos de regular calado procedentes de San Diego, San Pedro y San Francisco para llevarse la producción tomatera y volvieron a trabajar centenares de hombres en la carga y descarga de barcos, haciéndose un tanto difícil esta maniobra, porque las embarcaciones americanas de gran calado fondeaban bastante fuera del puerto y porque los trabajos de alijo y desalijo, como ya lo expresamos anteriormente, se realizaban en canoas y pangones maneados a base de puro remo y además había que luchar con las corrientes marinas y el oleaje tan alto en esas zonas por demás peligrosas.

El auge tomatero trajo el despertar y la alegría de aquellas gentes porque había mucho trabajo y dinero a puños, desgraciadamente aquella euforia fue transitoria, porque se vino la competencia durísima de los agricultores de Sinaloa y Sonora y los precios del tomate de San José se vinieron

abajo, los mercados norteamericanos dejaron de comprarlo y los barcos se alejaron del puerto; nuestras playas se volvieron al abandono ancestral y la pobreza y la miseria se fueron enseñoreando del pueblo. Las consecuencias de esta nueva crisis económica fueron grandísimas, porque los agricultores cometieron el error de arrancar todos sus cañaverales, descuidaron la siembra de cereales y hasta el cuidado de sus árboles como eran los mangos, los aguacates, naranjos, ciruelos, etcétera, etcétera, y los demás productos que les daban el sustento diario se encontraron con que el famoso tomate había empobrecido las tierras, quitándoles su natural fertilidad y ahora resultaba que no era costeable la aplicación de abonos químicos y demás fertilizantes para los cultivos tradicionales.

Las huertas de San José del Cabo fueron quedando solas y abandonadas y como consecuencia se acabaron también y para siempre las famosas *panocherías*, por la falta precisamente de la materia prima indispensable o sea la caña de azúcar; de los trapiches quedaron solamente las ruinas y las chimeneas, como un recuerdo de aquellas épocas de auge y de riqueza. Debido a estos errores y a la falta de orientación técnica y de consejos prácticos la gente se quedó sin trabajo, iniciándose una vez más la emigración, dijéramos la fuga masiva

del pueblo hacia el extinto Territorio Norte y a los Estados Unidos.

MI REGRESO AL PUEBLO

LOS PRIMEROS SINDICATOS DE TRABAJADORES

Al correr de los años me tocó regresar a mi pueblo, es decir, verificar el retorno inevitable que hacemos todos los seres humanos, algunas veces por instinto y otras veces por recuerdo y cariño a la tierra donde vimos la primera luz del día. Así fue como en una de tantas ocasiones, volví nuevamente a San José del Cabo, siendo ya un hombre más o menos maduro y experimentado. Por aquel entonces había yo recorrido gran parte de la república mexicana y había conformado mi manera de ser con nuevas ideas y principios enraizados en mi conducta juvenil.

Cuando regresé a San José del Cabo, había yo pasado por las aulas universitarias y adquirido una modesta cultura, pero fundamentalmente me había contagiado con las ideas y prédicas de los líderes y caudillos de la Revolución Mexicana; había leído libros y periódicos de Ricardo Flores Magón, de Librado Rivera, de Juan Sarabia y demás precursores ilustres de nuestro movimiento social.

Me había relacionado con trabajadores de minas, con obreros textiles, panaderos, carpinteros, estibadores y alijadores de los puertos, con cañeros de los estados de Veracruz y Sinaloa, y en general con las masas irredentas de nuestro pueblo. Formé mi propia manera de ser, convirtiéndome en un radical intransigente y predicador de las ideas y programas de La Revolución Social de México.

Debido a esta lucha social sin tregua ni fin, me fui volviendo poco a poco enemigo de los conservadores, de los caciques reaccionarios y de los ricos voraces e hipócritas que como dijera Cristo son sepulcros blanqueados por fuera, pero por dentro son corrupción y carroña.

Entre mis actividades sociales en todo el país, siempre encontré masas irredentas clamando justicia y liberación, pero también encontré una resistencia monolítica de los intereses creados de caciques, terratenientes y empresarios, unidos estrechamente con políticos oficiales y con "Gobiernos emanados de la Revolución" en contra de los cuales tuve que luchar en forma desesperada y desigual, en compañía de otros compañeros a quienes me había unido en esta prédica y lucha sin fin. Me di cuenta de que efectivamente los ricos de México y del mundo entero, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen y que en su alma endurecida no

cabían los lamentos de los que tienen hambre y sed de justicia, para usar el mismo lenguaje místico y penetrante de los apóstoles de Cristo.

Impregnado con estas ideas revolucionarias e intransigentes llegué a mi pueblo y me convertí de inmediato, en el dirigente de las gentes más humildes y en un predicador incansable de las doctrinas de la revolución social de México, naturalmente que encontré amigos y partidarios, o sea los explotados de siempre, quienes me escucharon y siguieron en esta nueva aventura y así fue como iniciamos la organización de los primeros Sindicatos de Obreros y Campesinos de aquella región, incluyendo a los gremios de alijadores y estibadores que trabajaban en aquellas playas inhóspitas y peligrosas.

Llegué precisamente en el auge un tanto artificial de la producción tomatera, había mucho dinero circulante, pero también muchos intereses creados, los cuales se aprestaron a defenderlos como un solo hombre. También aquí en mi pueblo, encontré aunque fuera en pequeña escala, a los mismos grupos conservadores, los mismos caciques ligados con los "Gobiernos emanados de la Revolución", de ahí que sufrí en carne propia la resistencia de conservadores y autoridades, y después de una lucha intensa, aunque de poca duración, tuve que abandonar una

vez más mi pueblo y salir precipitadamente por aquellas playas arenosas, prácticamente huyendo de la represión del Gobierno de esa entidad. Por eso se me señaló desde aquel entonces como un "hombre peligroso", "anarquista", "comunista" y "trastornador del orden público". La presencia de mi persona, seguramente que causó estupor entre los conservadores, porque para ellos significaba el Anticristo y una plaga peor que las tormentas, que los ciclones y más peligroso que el paludismo y la tuberculosis. Esta nueva experiencia, en vez de debilitar mis ideas me dio mayor temple para continuar luchando en la república mexicana y aun fuera de ella, por el bienestar de nuestras clases desamparadas.

Cabe preguntarnos: ¿Por qué los ricos de mi pueblo se volvieron conservadores e intransigentes? ¿Por qué siendo capitalistas modestos, dijéramos gente sencilla y de fácil trato y entendimiento cayeron en esa ceguera para oponerse a las legítimas aspiraciones de nuestro pueblo humilde? Yo considero que los ricos de San José del Cabo se volvieron conservadores debido al aislamiento en que habían vivido por años y por siglos, a la falta de comunicación con el resto de la república mexicana, y, a la falta de contacto con los grandes problemas que han afectado a México durante tantos años.

Pero además las personas más o menos acomodadas por lo regular eran educadas en los Estados Unidos de Norteamérica, particularmente en el Estado de California, formándose una mentalidad completamente distinta al resto de los mexicanos. Las gentes salían del puerto de San José del Cabo directamente a San Diego, San Pedro, o San Francisco, sin tocar siquiera ningún puerto mexicano; por eso centenares de familias josefinas se fueron quedando en los Estados Unidos para no regresar jamás y las pocas personas que volvían estaban "apochados", convertidos en ciudadanos norteamericanos y como es natural, alejados por completo de nuestra realidad. Lo cierto es que los ricos de San José de ideas conservadoras, eran pequeños capitalistas a quienes había poco que quitarles, los terratenientes más grandes no tenían más de 100 hectáreas de riego, pero aparecían inmensamente ricos a los ojos de los pobres, porque en San José del Cabo los propietarios de cuatro o cinco hectáreas de terreno susceptible de riego y siembra, se podían considerar hombres ricos porque aquella fértil y generosa producía todo el año y las gentes podían sostenerse con holgura y dignidad. Los dueños de 10 o 15 vacas, para nosotros los pobres, eran inmensamente ricos, porque quienes teníamos una vaca o

dos asegurábamos la alimentación de toda la familia por más numerosa que fuera.

Hay un hecho muy importante y de gran trascendencia que debe aclararse, porque considero que de ahí proviene esta desigualdad que se fue ahondando con el tiempo entre la gente, creando esta división fatal entre los pobres y ricos, es decir, de los que todo lo tienen y de los que carecen de pan y justicia.

Este problema podríamos plantearlo a lo largo y a lo ancho de nuestra república, y de los propios países latinoamericanos, porque es común en todos los pueblos que han soportado dictaduras durante años y siglos. Pues bien, este aspecto medular, se refiere al acaparamiento de la tierra y al enriquecimiento de unos y el empobrecimiento de los más, y en el caso concreto me estoy refiriendo a la desintegración en sus orígenes del Ejido de San José del Cabo, eso es que a través de la presente obra haré una brevísima historia de este importante problema, que estimo de gran trascendencia para el futuro del desarrollo de la entidad.

EL EJIDO

El pueblo de San José del Cabo fue dotado de tierras durante el gobierno de Benito Juárez, confiando a cada campesino mexicano una modesta parcela para que la trabajara y pudiera vivir con holgura, independencia y dignidad; pero a la muerte de don Benito se estableció en México la dictadura de Porfirio Díaz, integrada por una oligarquía de terratenientes, industriales, comerciantes y banqueros, quienes a su vez formaban parte del famoso Partido Científico, órgano y sostén de la política reaccionaria del nuevo gobierno. Integraban también dicho partido, los intelectuales, la burocracia y la clase media, quienes estuvieron con don Porfirio "hasta la dignidad", como solía decirse en aquellos tiempos. Pues bien, durante el régimen porfirista se rectificó la política agraria de don Benito y se suspendieron prácticamente las dotaciones de tierra a los pueblos, auspiándose al mismo tiempo, la creación de grandes latifundios a lo largo y a lo ancho de todo el país. Pero lo más grave de esta política reaccionaria fue

que también las tierras pertenecientes a ejidos y comunidades indígenas cuyas titulaciones habían sido respetadas desde el tiempo de la colonia española, pasaron a propiedad de terratenientes mexicanos y extranjeros.

Como consecuencia de la política porfirista el ejido de San José del Cabo se desintegró y las pequeñas parcelas ejidales fueron también acaparadas por unas cuantas personas del pueblo, y así fue como ejidatarios se convirtieron en peones y huerteros de los llamados ricos de San José del Cabo. Posteriormente, y durante el gobierno revolucionario del señor general Álvaro Obregón, se rectificó el error anterior, decretándose la restitución de las tierras ejidales a sus legítimos propietarios o descendientes. El decreto restitutorio, trajo confusión entre los acaparadores de las parcelas del ejido porque naturalmente se sentían legítimos dueños de dichos predios, debido a la posesión que habían disfrutado durante muchos años. Sin embargo los terratenientes desconocían que la propia Constitución de 1917, declaraba nulas y sin efecto legal alguno, todas las adquisiciones de terreno ejidales y comunales mal habidos, según el texto del propio Artículo 27 constitucional y demás Leyes reglamentarias. Vino la resistencia y regateos por muchos años de los intereses creados en

complicidad con las propias autoridades agrarias, para no ejecutar la resolución restitutoria decretada por el presidente Obregón, sin embargo gobiernos posteriores devolvieron las tierras a los campesinos e inclusive, dictaron ampliaciones para acomodar a los que carecían de un patrimonio ejidal.

Tengo entendido que en la actualidad el ejido de San José comprende una extensión aproximada de 12 000 hectáreas, incluyendo las zonas costeras y parte del fundo legal del pueblo. Naturalmente que esta situación ha creado nuevos y grandes problemas, porque las tierras del ejido colindante con las playas han sido acaparadas en forma indebida por ricos mexicanos y extranjeros, quienes a toda costa pretenden retenerlas en contra de los intereses de la comunidad. También los propietarios de fincas urbanas están oponiéndose a los ejidatarios y al propio gobierno, al no aceptar que sus propiedades hayan pasado a formar parte de la comunidad ejidal desconociéndose seguramente las ampliaciones concedidas fueron ejecutadas de conformidad con las disposiciones de decretos presidenciales respectivos.

Efectivamente la afectación del fundo legal comprende calles, parques, jardines públicos, y hasta edificios propiedad del gobierno del estado y del municipio de La Paz, de ahí que la resolución

de dicho problema se ha venido complicando, máxime que el gobierno estatal dotó al pueblo de servicios públicos como son: el agua potable, drenaje de aguas negras, energía eléctrica y pavimentación, cuyas erogaciones no son fáciles de recuperar porque, repetimos, están comprendidas dentro de los ejidatarios, de manera que el gobierno no puede cobrar sus impuestos prediales, ni las cuotas de dichos servicios, porque las propiedades ejidales están sujetas a disposiciones específicas en materia fiscal, previstas en la constitución política del país y en la Ley de la Reforma Agraria vigente.

El único recurso que tienen las autoridades del estado sería, en todo caso, la expropiación del área comprendida dentro del fundo legal, previa gestión ante el gobierno federal para que dicte decreto expropiatorio respectivo en términos de ley, pagando el precio justo por los terrenos expropiados. En estas condiciones, el gobierno del estado podría adquirir para su patrimonio los terrenos expropiados dentro del fundo legal y, al mismo tiempo, regularizar las propiedades de los dueños de los predios urbanos, que los han venido poseyendo durante muchos años.

Otro problema de suma importancia para la comunidad y para toda la población de San José del Cabo consiste en la sustracción del agua del

subsuelo que, en estos momentos, está llevando a cabo la Secretaría de Recursos Hidráulicos para conducirla hasta Cabo San Lucas, con el objeto de dar servicio a las zonas turísticas de esta importante región. Los volúmenes que se pretenden extraer amenazan con agotar los mantos acuíferos y, en consecuencia, privar del agua de regadío a los propios agricultores y de servicios domésticos a la población de San José del Cabo. En caso de no resolverse este problema en la forma más y justa y correcta, los habitantes de esta zona tendrán que afrontar otra calamidad, aún peor que el paludismo, los ciclones y la tuberculosis.

GENTES NUEVAS

EL PASADO ESPLENDOROSO. PROGRESO ARTIFICIAL

Ahora que he regresado nuevamente a mi pueblo, cargado de años, experiencias, angustias y sinsabores, mi sorpresa ha sido grande porque me he encontrado con hombres y mujeres muy diferentes de aquellos con quienes me tocó convivir durante mi infancia y adolescencia. ¡Qué gentes tan serias y tan poco comunicativas me ha tocado conocer ahora en San José! Qué diferencia de aquellos tiempos alegres y bullangueros. Mi sorpresa ha sido aún mayor porque ahora he encontrado un pueblo que ha progresado muchísimo, con calles pavimentadas, agua potable, energía eléctrica, escuelas de enseñanza superior, hospitales y centros de asistencia social, etcétera. Ahora me doy cuenta de que hasta las mujeres han cambiado: la mayoría visten falda corta o pantalón, se pintan, se perfuman al estilo americano. ¡Qué distintas de aquellas damas que concurrían a los bailes de ricos y pobres, tan llenas de pudor, con sus enaguas blancas y muy bien almidonadas! Poco a

poco se me fue revelando un pasado que parecía muy remoto, puesto que a estas gentes que ahora viven en mi pueblo jamás las había tratado y conocido, y me pregunto: ¿Dónde están aquellos hombres tan fuertes y vigorosos que medían más de dos metros de estatura? ¿Dónde están las mujeres hermosas y recatadas? ¿Dónde están aquellos bailes de barrio con nombres tan chuscos, inventados por la imaginación popular? ¿Dónde están las 14 o 15 enramadas de piso de palma y ramas de huatamote? Ahora en San José del Cabo no existe un solo lugar recreativo para los jóvenes ni para los adultos. ¡Qué nombres tan curiosos los de aquellas enramadas que servían de salones de baile! *La Cola*, porque la enramada estaba al final del pueblo; *La Lágrima*, porque a la señora propietaria le corría constantemente una lágrima por la mejilla; *La Nalga*, porque la dueña era muy nalgona; *La Herradura*, propiedad de mi pariente Dámaso Maldonado, herrero de profesión; *La Hilacha*, *El Coyote*, *La Zorra*, etcétera. Y recorrí nuevamente todas las calles, muchas de las cuales encontré con luz neón, sobre todo la Calle Ancha, en donde observé un hermoso camellón en medio lleno de flores, pero sin la plazuela, es decir, que ahora encontré el jardín público sin quiosco y sin aquellas bancas típicas que servían para descansar y que eran el centro de reunión en los buenos tiempos. Ahora la

famosa plazuela me parece un minúsculo parque americano, concurrido solamente por los pocos vagos y flojos que todavía existen en mi pueblo. No he vuelto a escuchar aquella música tan llena de recuerdos y romanticismo, ni siquiera los mariachis importados del interior del país; tampoco he vuelto a escuchar los conjuntos de violín, guitarra y tololoche. Viene a mi memoria aquel quinteto, integrado por los hermanos Villarino, don *Alonsito Green* y Jesús Agüero, *el Cachucha*. Por eso es que ahora San José me parece muy triste y prefiero mis viejos tiempos, a pesar del progreso un tanto artificioso de esta época contemporánea. Mis ojos y la imaginación recorrieron nuevamente este pueblo de mis ensueños, y otra vez me pregunto: ¿Dónde están aquellos huertos llenos de cañaverales apretujados? ¿Dónde aquellos árboles gigantes de mangos criollos, de olor y sabor tan exquisitos? ¿Dónde están los plantíos de aguacate, de ciruela, de zapote, y aquellas parcelas sembradas de maíz, frijol, chícharo y garbanzo? ¿Dónde están los emparrados, con sus uvas tan sabrosas, y aquellas frondosas matas de higuera, tan parecidas a los famosos zalates? Y me pregunto nuevamente: ¿Dónde están aquellas famosas *panocherías*, en donde trabajaban centenares de hombres en tiempos de zafra y de molienda? ¿Quién destruyó cada uno de estos típicos molinos que existían en San

José del Cabo y en los lugares vecinos? Afluyen a mi memoria las *panocherías* de Modesto Aragón, Nicolás Montaña, Guillermo Ojeda, Santiago Ceceña, la de los Moreno, la de los Mouett. Ahora la caña de azúcar, como una ironía, se siembra en algunos jardines del pueblo, seguramente como una planta de ornato o como una reliquia histórica de los tiempos de auge y alegría. Tal parece que un terremoto gigantesco arrasó *panochería* por *panochería* y cada una de las huertas sembradas de caña y árboles frutales. Recorrí también aquellas playas arenosas de olas gigantescas y ahora las he encontrado más desoladas que nunca, sin un solo barco fondeado en el puerto, ni siquiera por aquellos pequeños veleros que hacían la travesía a través del Golfo de Baja California para llegar a las costas de Sonora y Sinaloa. Y volvió mi imaginación a contemplar aquellas estibas enormes: de queso, de carne seca, de *cacaixtles* de panocha y las saquerías de maíz, de arroz, de frijol. Tampoco encontré aquellas enormes cantidades de cajas de tomate, tan fino y delicioso que se exportaba al vecino país de Norteamérica. Ahora encuentro una playa solitaria, sin gentes, sin barcos y sin aquellos playeros tan alegres y audaces. Los agricultores de San José sabían muy bien sembrar y cultivar la caña de azúcar, de ahí que la producción por hectárea fuera muy superior a la de otras zonas del país dedicadas a este cultivo.

Recuerdo que la caña de azúcar se sembraba en cuadros, a una distancia de uno a dos metros, y se hacían pozos con una profundidad más o menos de 30 centímetros; se seleccionaban las mejores cañas, les cortaban las puntas y las partían en trozos de 20 centímetros aproximadamente, conservando cada trozo cuatro o cinco brotes o yemas; entonces acomodaban perfectamente de seis a ocho trozos en cada cuadro, procurando dejarlos encontrados y con las yemas por los lados. Después se cubría el cuadro con una capa de tierra no muy gruesa; de esta forma la caña tenía suficiente espacio para desarrollarse y crecer. Llegué a ver en aquellos tiempos cañas de hasta de tres y cuatro metros de alto y de un espesor muy considerable. Los agricultores seleccionaban las mejores variedades para las siembras, como la *rayada*, la *morada* y la *amarilla*, las cuales producían excelentes jugos y las mejores panochas. En otras partes del país siembran la caña de azúcar entera, en largos surcos y sin ninguna selección previa, la cubren de tierra y la planta se desarrolla por sí misma, tal como podemos contemplar en algunas zonas cañeras que abastecen a los grandes ingenios azucareros. Lo cierto es que la caña sembrada en cuadros y camellones espaciosos se facilita más para el corte y aun para el acarreo, porque los animales y carros pueden entrar con mayor facilidad. La producción cañera de San José del Cabo

era bien cuidada por los agricultores porque dicho cultivo aseguraba el trabajo y la subsistencia. Además proporcionaba un magnífico alimento para los animales, como eran caballos, mulas, burros, ganado vacuno, marranos, etcétera, porque tanto la rama verde como el bagazo eran un excelente forraje con un alto índice de proteínas; las *granzas*, las *espumas* y los *caldos* mantenían a muchos animales, de manera que las *panocherías* eran verdaderos enjambres de mulas, burros y caballos. En aquellos tiempos no se miraba un animal flaco, a pesar de las sequías que padecía la región. El propio bagazo seco es un magnífico combustible aprovechado en la molienda de la caña. Tengo conocimiento de que en la actualidad se están estudiando métodos y procedimientos técnicos para convertir el bagazo en papel. Debido al cambio radical, parece que mi pueblo fue destruido y que sus gentes volvieron a renacer con características distintas. Sin embargo, ni la lógica ni el sentido común me hacen comprender por qué los habitantes de San José, en otros tiempos tan fuertes, tan trabajadores y tan audaces, dejaron perder aquella riqueza enorme que significaban sus huertos y sus árboles frutales. Porque este descuido trajo como consecuencia la destrucción de sus fuentes de vida, dijéramos de su propia esencia como pueblo generoso y creador. Por eso me pregunto: ¿Por qué estos

hombres, acostumbrados a vencer tormentas y ciclones, a soportar el paludismo y la tuberculosis, a imponerse a la anarquía y al desorden de nuestra Revolución, ahora parecen quietos y mudos ante las circunstancias adversas de un destino que parece implacable? Los anteriores pobladores fueron abandonando poco a poco San José del Cabo y sus pueblos circunvecinos, como lo expresamos anteriormente; hombres, mujeres y niños se alejaron de aquellas costas ahora solitarias, para no volver jamás a la tierra que los vio nacer. En este retorno a mi pueblo, lo que he observado ha sido por demás sorprendente, irónico y hasta lastimoso, porque a muchísimas de aquellas gentes trabajadoras y orgullosas que vivían de sus huertas, de sus ganados, de sus comercios, ahora las encontré trabajando como asalariados en hoteles de lujo de los millonarios americanos — hechos que ya señalamos en páginas anteriores — ubicados en Cabo San Lucas, como son: El Chileno, El Camino Real, La Palmilla, en donde jóvenes y viejos originarios de San José prestan sus servicios, algunos lavando platos, otros como cocineros y camareros. ¡Allí fueron a parar aquellas gentes generosas, hospitalarias, de gran belleza criolla, que daban tinte y sabor a aquella región! Pero este cambio no se observa únicamente en San José; también lo vemos en los pueblos circunvecinos. ¿Dónde están aquellas

viejas casonas de Santa Catarina, de Santa Anita, de Santa Rosa, del Rosarito, aquellas mansiones tan bien construidas, tan amplias, de estilo colonial? Según versiones populares, en Santa Catarina existían, además de huertas y ranchos, varios fundos mineros de oro de enorme riqueza. Según el dicho de los viejos residentes de este lugar, estos yacimientos fueron descubiertos por unos alemanes que trabajaron en San José del Cabo (en la ya famosa Casa Alemana), y posteriormente fueron explotados por don Nicolás Naranjo, quien también obtuvo mucho oro. Por eso ahora Santa Catarina nos parece un mineral abandonado, precisamente por sus esplendorosas casonas, en aquellos tiempos tan amplias y cómodas. Muy cercano a dicho lugar existía otra hacienda famosa — llamada Santa Gertrudis —, propiedad de los padres misioneros, de donde, según el decir de las gentes, éstos habían sacado oro y plata y en donde también dejaron grandes tesoros enterrados, riqueza que fue a parar a manos de la familia Ceceña, muy conocida en aquella región. En fin, versiones de tesoros ocultos — entierros, como vulgarmente son llamados — los escuché muchas veces durante mi juventud. Se decía que de allí provenía el capital de muchas familias del pueblo; que don Sacramento Burgoin se había encontrado un entierro grandísimo de monedas de oro con figuras de triángulo; que don

Fabián Cota había encontrado, también a la orilla de la playa, un cofre lleno de monedas de oro; que don Rafael Sandoval había sacado el entierro de doña Isabel Cota, etcétera. Naturalmente que estas versiones tenían algo de cierto, debido a la carencia de bancos en aquellos tiempos tan lejanos y también a la escasez de papel moneda. Como era natural que la moneda circulante fuera plata y oro, las gentes tenían que guardarlas en cofres, vasijas y ollas de barro, y de ahí que algunos de mis paisanos se hayan enriquecido a base de estos hallazgos. En aquellos tiempos se hablaba de la existencia de tesoros escondidos por los piratas, quienes en forma esporádica llegaron a permanecer en la zona. Lo cierto es que algunas de las gentes más viejas hablaban, por ejemplo, de un pirata apellidado Galindo, cuyos descendientes aún existen; otras de un pirata famoso de origen francés apellidado Burgoin; otras de un inglés de apellido Wilkins... Y así se contaban historias y leyendas de estos famosos bucaneros que azotaron todas las costas de los mares de la Tierra. Aún en nuestros días, las gentes de mi pueblo se dedican a la infructuosa tarea de buscar entierros, muchos por diversión, otros ingenuamente, porque esperan resolver sus problemas económicos.

PUEBLOS EN DECADENCIA.

RENOVACIÓN Y PLANIFICACIÓN

Considero que una comunidad humana por más pequeña que sea, no es posible que pierda sus características en unos cuantos años, sobre todo un pueblo como San José del Cabo que había soportado y vencido enormes calamidades como fueron ciclones, pestes y enfermedades. Creo que no es lógico que al pasar de una generación a otra haya modificado su manera de ser en forma tan repentina; lo sensato es que los pueblos, las culturas, y aun las civilizaciones enteras, vayan cambiando poco a poco, paulatinamente a través de los siglos y de las edades, salvo el caso de terremotos capaces de destruirlo todo en un momento dado. Tampoco considero lógico que la tecnología y el progreso contemporáneo hayan contribuido a transformar la mentalidad y los sentimientos de hombres y mujeres de esta región, ni mucho menos que la influencia norteamericana haya sido tan poderosa para cambiar un pueblo que había resistido los embates del tiempo y la naturaleza,

conservando sus virtudes y características esenciales. Sin embargo se hace necesario señalar, aunque sea someramente los orígenes de este fenómeno sociológico acaecido también en otros pueblos de la tierra, y como una curiosidad histórica, haciendo comparaciones indebidas, hemos de preguntarnos: ¿Acaso así fueron desapareciendo en el curso de los tiempos pueblos y ciudades que la historia nos describe con detalles minuciosos? Es posible que la dispersión y decadencia de los Mayas con su portentosa civilización se hayan debido también a causas múltiples y complejas; acaso fueron las sequías intermitentes, la pobreza y erosión de sus tierras, las enfermedades endémicas o las pestes, la razón que obligó a esta raza milenaria al abandono de su lugar de origen y al olvido de su esplendorosa forma de vivir. Considero que estos pueblos fueron sucumbiendo poco a poco y que no fueron precisamente tormentas y terremotos los que los hicieron desaparecer materialmente de la faz de la tierra, porque nos dejaron vestigios arqueológicos intactos, sus templos y sus pirámides, maravillosas ciudades y el enigmático Popol Vuh, o sea la Biblia de los mayas, que ha señalado al mundo contemporáneo las creencias religiosas de estos pueblos, sus conceptos científicos que hoy causan tan profunda admiración. Este mismo fenómeno aconteció a los

toltecas, a los acolhuas, a los olmecas y a las diferentes tribus nahuatlacas que poblaron y vivieron en el centro de la república mexicana. ¡Qué maravillosos eran sus palacios, sus centros deportivos y ceremoniales, sus templos calendarios! Todo lo cual nos revela el pasado de estos pueblos que antecedieron a la conquista de México por los europeos. Acaso esto mismo aconteció a los medas, a los sumerios, a los persas, y a los propios egipcios cuyas tradiciones milenarias sirvieron para establecer los cimientos y el progreso de generaciones subsecuentes. Los egipcios dejaron sus enormes y portentosas pirámides, las tumbas de sus faraones, sus riquezas y su ciencia. También los griegos y los romanos dejaron de ser los rectores de la humanidad, pero aportaron hasta nosotros su cultura y su filosofía, para cimentar la civilización y avance de los pueblos occidentales de Europa y América. Y si recorremos las páginas de la historia, vamos a encontrar a pueblos y razas sepultados en el olvido, cuyas ciudades aún permanecen ocultas en lo más recóndito de las llanuras y de todos los rincones de la tierra. Pero es importante observar que ninguno de los pueblos antiguos ha logrado renacer para convertirse una vez más en los rectores de la humanidad y en faros luminosos capaces de guiar a las generaciones presentes por el sendero del progreso

y de la perfección. Ni la técnica, ni la riqueza, ni el esfuerzo de las naciones que hoy se ostentan como guías de la humanidad, han podido darle vida a nuevamente al Egipto de los faraones, ni a la Grecia de Pericles y Alejandro, ni a la Roma de los Césares; tal parece que el tiempo es cruel con los pueblos y con los hombres y que se confirma una vez más el mito de Cronos, el dios del tiempo, inventado por imaginación fecunda de los griegos, el dios eterno que todo lo cambia y lo transforma. Sin embargo es importante continuar estudiando este proceso sociológico acontecido y que aún sigue aconteciendo a muchos pueblos de la tierra. Pero ahora observemos las excepciones de este fenómeno y contemplemos a los pueblos asiáticos, particularmente a la China continental, para darnos cuenta de cómo estas razas milenarias han conservado su propia estructura y su propia esencia durante siglos. Estos pueblos de resistencia física y moral sin paralelo han sabido soportar pestes, pobreza, miserias, ciclones, tempestades e infinidad de invasiones por pueblos europeos y aun por los propios asiáticos, sin embargo, han logrado conservar las características singulares de esta raza, que hoy están poniendo el ejemplo de su organización comunal y milenaria y que a pesar de las embestidas del tiempo, y de los propios hombres, no han

podido ser destruidas. La China continental continúa viviendo dentro de su comuna monolítica y solidaria y sigue progresando a través de los tiempos y de las edades, tal parece que estos pueblos están destinados a ser rectores de la humanidad del futuro. Y si los mayas, los toltecas, los olmecas, los acolhuas y nahuatlacas, hubieran conservado también su forma de vivir, sus costumbres con la integridad y la pureza que tenían antes de la colonización española, se hubieran conservado sus *calpullis*, es decir, esta ejemplar organización comunal en el trabajo y tenencia de la tierra, es posible que estas razas aborígenes nuestras, hoy por hoy fueran el baluarte de la civilización occidental y los rectores de estos pueblos de América, que hoy vivimos divididos a falta de una unidad étnica, política y económica. Otro ejemplo de singular recuperación fueron los pueblos europeos después de la Segunda Guerra Mundial, muy particularmente Alemania e Italia, cuyo increíble progreso se debió al vigoroso esfuerzo de dichos pueblos y a la ayuda decidida de los Estados Unidos de Norteamérica y demás países capitalistas. Para lograr el resurgimiento industrial inusitado de Alemania Occidental, aplicaron los métodos y procedimientos de la tecnología más avanzada, pero en el caso de las pequeñas comunidades italianas y francesas

fueron las propias gentes de campo y los hombres de pequeños negocios los que lograron la recuperación en forma por demás admirable. Los campesinos intensificaron sus esfuerzos para que sus pequeñas propiedades continuaran produciendo cereales y legumbres y para que su ganado se reprodujera en forma asombrosa. Italia rehizo su economía agrícola a base de la explotación de sus granjas, por eso es que esta nación no padeció hambre, evitando el desastre y la dispersión masiva de su pueblo. También los agricultores grandes o pequeños de Francia conservaron sus fuentes de trabajo tradicional y fueron un factor definitivo para rehacer la deshecha economía de dicho país. España también fue destruida durante la guerra civil, antesora de la Segunda Guerra Mundial y los españoles rehicieron su deshecha economía a base de trabajo tenaz de sus tierras, de sus huertas, cortijos y granjas; jamás se les ocurrió derribar sus olivos, viñedos y demás cultivos que significaban la base esencial para su supervivencia. Seguramente que los lectores de esta obra, se preguntarán: ¿A qué vienen estas elucubraciones históricas y comparaciones indebidas con la gente de San José del Cabo? Pero deben comprender que estoy escribiendo con cariño y pasión, ya que no puedo resignarme a contemplar a un pueblo que perdió sus fuentes de vida

más importantes, como son: la agricultura y la ganadería, no puedo resignarme a contemplar a los descendientes de aquellos hombres de trabajo sanos física y mentalmente, laborando como asalariados en los hoteles de millonarios americanos asociados con negociantes mexicanos. Considero que ningún salario se equipara a lo que remuneraba el trabajo en aquellas granjas de esa tierra generosa que todo lo producía y que daba los suficientes frutos para mantener a nuestras familias. Para mí en realidad constituye una verdadera pesadilla, encontrar a mi pueblo, ahora tan diferente a las gentes con quienes me tocó vivir durante mi niñez y adolescencia, cuyo relato me he permitido expresar a través de las páginas de la presente obra, que dedico precisamente a todos mis amigos y paisanos del hoy estado sur de la Baja California. Sin embargo, estos problemas angustiosos por los que está atravesando San José, pueden resolverse con la intervención patriótica y decidida, del gobierno de México y de las gentes de la región. En mi concepto debe estudiarse una sensata y correcta planificación para iniciar el desarrollo una vez más de una agricultura y una ganadería floreciente; necesitamos volver a sembrar nuestros campos de cultivo pero ahora empleando la técnica y la experiencia misma, de manera que podamos recuperar el

tiempo perdido. Una planificación para aprovechar la última gota de agua, y la última pulgada de tierra útil, determinando la áreas de cultivo, con ayuda de fertilizante, abonos químicos y los insecticidas para exterminar las plagas que fatalmente han ido acabando con nuestros árboles frutales, estudios específicos para seleccionar lo que más convenga sembrar, aprovechando este clima tropical único en la península, que comprende una franja determinada entre el Cabo de San Lucas y Santiago. Si los bajacalifornianos unidos en una tarea común, trabajan y se esfuerzan, seguramente que van a convertir a este último rincón de la península en una verdadero paraíso, explotando también sus costas maravillosas y utilizando las importantes obras construidas por el gobierno federal, como son: carreteras, caminos, obras portuarias y campos aéreos, lo que va a facilitar el desarrollo futuro de esta importante zona. Naturalmente que la planificación y la intervención de tipo oficial debe prever la justa participación del pueblo de Baja California, de manera que la riqueza sea repartida equitativamente entre los hombres que trabajan, y que no cometamos el error de entregar nuestras fuentes de riquezas a monopolios extranjeros o mexicanos, que no vayamos a caer en la ceguera de entregar el futuro de nuestro pueblo a un grupo de

ticos para que se hagan más ricos y que los pobres se vuelvan más pobres. Naturalmente que la planificación para el desarrollo de esta importante área geográfica debe comprender el turismo, como fuente de ingresos económicos y como un medio para estrechar las relaciones entre nuestro pueblo y los visitantes mexicanos y extranjeros. De ninguna manera debemos considerar a la industria turística para beneficio de pocas gentes, deben tomar participación los nativos, particularmente los ejidatarios quienes son los dueños de las tierras y las costas en donde están fincados los hoteles más importantes de la región. Los promotores del turismo de la Baja California y en el país deben dar preferencia al turismo masivo sea nacional o extranjero, al turismo de la clase media, de la burocracia, y fundamentalmente de los trabajadores asalariados. A la Baja California concurrían miles y quizá millones de personas ansiosas de conocer la Península, para vacacionar y contemplar nuestras bellezas naturales. El turismo masivo, sí deja divisas a la economía regional y relaciones entre nuestro pueblo; el turismo de millonarios deja raquítricos impuestos a nuestro gobierno y raquítricos salarios a las pocas gentes que ocupan. Los ricos que nos visitan, no gastan un solo dólar ni en nuestro comercio, ni en nuestra insignificante

agricultura, estos turistas traen hasta el agua potable para tomar y la comida de los Estados Unidos americanos, ellos vienen a vivir su propio mundo, y a nuestro pueblo aborígen, lo ven con indiferencia y desdén tal como acontece en otros centros turísticos importantes en nuestra república. En esta tarea de planificación y estudios del posible desarrollo integral del extremo sur, y aun, de todo el nuevo estado de la Baja California, deben participar fundamentalmente los profesionistas e intelectuales de nuestro estado, deben participar también los agricultores, comerciantes, industriales y el pueblo en general, para que de esta forma nuestro progreso y florecimiento sea consecuencia de la aportación generosa de todos y cada uno.

EL RETORNO CÍCLICO

Si al sentirme prácticamente desligado de mi pueblo, según mis propias expresiones a través de la presente obra, me he preguntado: ¿Por qué he regresado una y tantas veces a este pueblo que me vio nacer? ¿Cuál es esa fuerza que me arrastra a regresar al punto de partida en donde por primera vez contemplé el cielo limpio y azul, en donde mi conciencia infantil se impregnó de recuerdos que han perdurado durante toda mi existencia?

Es importante escudriñar, aunque sea muy superficialmente, las causas de este retorno a nuestro lugar de origen porque también suele acontecer a casi todos los seres humanos, a las aves, peces y a las bestias llamadas irracionales, los cuales también son arrastrados por el impulso del instinto y por esa fuerza que parece una ley de la naturaleza, común a todos los seres vivos. Por eso es que las aves peregrinan y buscan con ansiedad los lugares de origen de sus remotos pasados y retornan una y mil veces, sin que haya obstáculo o fuera capaz de evitar el retorno hacia el hogar materno; también

los peces buscan afanosamente, año tras año, el punto de partida de sus ancestros y es así como recorren miles de millas marinas, para permanecer aunque sea un instante, en los lugares a donde los guía su instinto como una corriente impetuosa e incontenible.

Pero este mundo físico, este universo maravilloso que contemplamos a cada momento, también retorna y vuela a su propio punto de partida.

Nuestro planeta gira infinitamente sobre su eje y también permanece aunque sea un segundo en sus hogares, en sus casas como le llaman los astrónomos, gira alrededor del astro rey una órbita elíptica y también a cada minuto retorna a los lugares por donde ha pasado durante miles de millones de años, a partir del momento mismo donde apareció el universo y la galaxia donde vivimos.

El Sol y todos los cuerpos integrantes de este inmenso mecanismo celeste, giran y retornan por los siglos de los siglos a los lugares por donde tienen que pasar, dejando su huella luminosa y provocando cambios, a veces trascendentes en la vida universal. Pero este retorno inevitable es cíclico, es decir, calculado con asombrosa precisión, de manera que los fenómenos provocados por este retorno incesante, deben suceder precisamente en ciclos, de ahí que los humanos y demás seres

vivientes podamos prever los acontecimientos presentes y futuros.

A cada instante y a cada segundo de este movimiento cíclico, la vida renace una y mil veces con sus múltiples y enigmáticas manifestaciones, por eso es que retorna la primavera y que vuelven las plantas y los árboles a florecer y la savia bienhechora asciende hasta los tallos más altos para procrear la generación de hojas, filamentos y frutos. Y por eso vuelve el otoño, el verano y el invierno y en cada milímetro y en cada segundo de este retorno, florece la vida misma o se apaga y descansa por un momento.

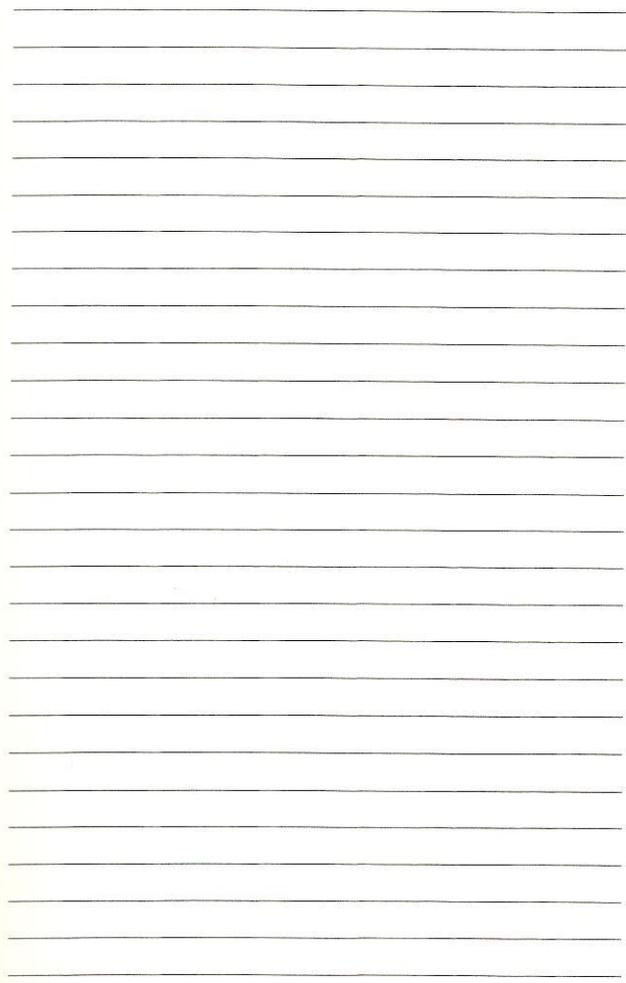
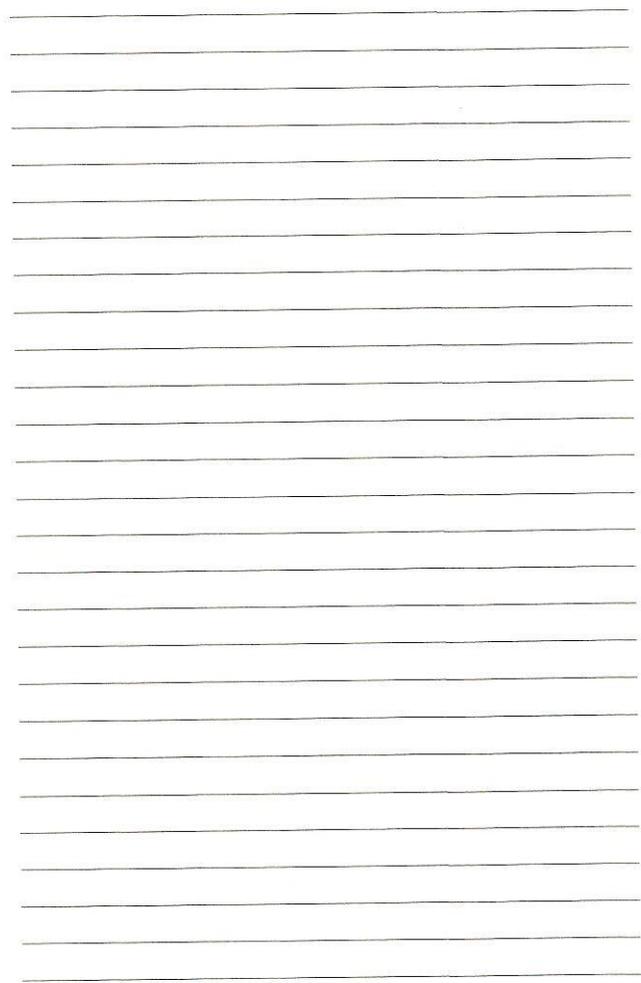
Y los ratos cósmicos penetran hasta lo más recóndito de la materia impulsando al palpitar de la vida, que también gira y renace eternamente; por eso al retornar a nuestro punto de partida en donde sentimos por primera vez el impulso vital, parece que volvemos a esta resurrección maravillosa común a todos y a cada uno de nosotros los seres vivos de la creación.

Sin embargo a pesar de las elucubraciones anteriores, por las cuales pido disculpas a los lectores, debo confesar con absoluta sinceridad, que he retornado a este pueblo que me vio nacer, no solamente guiado por el instinto ciego de la naturaleza, sino que he vuelto por el recuerdo y el cariño

infinito que me liga a esta tierra y a sus gentes, he vuelto también para arrodillarme una vez más ante los seres queridos que me dieron la vida e implorar su consejo y perdón; he vuelto para elevar mi plegaria al Eterno y pedirle que ilumine la senda por donde debo seguir caminando, para poder cumplir así con el destino irreversible de todos los hombres y de todos los seres vivientes del universo.

ÍNDICE

Presentación	5
Dedicatoria	13
Prólogo	17
San José del Cabo y sus gentes	25
Sus recursos económicos, sus antecedentes, costumbres, su cultura, sus angustias y sinsabores	25
Ciclones y paludismo	52
La Revolución Mexicana: el general Félix Ortega.	
Félix y Santiago	56
Los Hombres Ilustres: Fito Domínguez y Domingo Arrieta	62





DIRECCIÓN GENERAL DEL
SISTEMA INSTITUCIONAL DE
ARCHIVOS

Qué bonito era mi pueblo

de Braulio Maldonado Sánchez se terminó de imprimir el 2 de marzo de 2017 en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V., México, D.F. Se imprimieron 1000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Coordinación de Fomento Editorial del Instituto Sudcaliforniano de Cultura.

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

*La rebelión de los californios
1734-1737*

Sigismundo Taraval, S.J.

La revolución de los pueblos
Braulio Maldonado Sánchez

*Sudcalifornianos ilustres
de la rotonda*

Leonardo Reyes Silva

*Rosaura, heroica
maestra del pueblo*

Fernando Amaya Guerrero

culturabcs.gob.mx

Luego de una larga vida llena de intensas experiencias sociales, Braulio Maldonado regresa al pueblo de sus padres, su pueblo natal, San José del Cabo, y retrata, para las generaciones presentes, esta historia humana de la vida y obra de mujeres y hombres, instituciones y procesos sociales que él conoció en persona en la primera mitad del siglo xx. Es una memoria llena de anécdotas divertidas e inspiradoras que muestran la tenacidad y nobleza, la alegría y las esperanzas del pueblo josefino y de todos los sudcalifornianos. Crítico y preciso, Maldonado Sáñez consigue también en este retrato motivar al lector a la reflexión sobre la actualidad de nuestro pueblo, municipio y estado: el pasado no regresa pero el presente se construye día a día, y siempre será mejor con conocimiento, amor por la tierra y solidaridad con sus gentes.

BES BIBLIOTECA
DEL ESTUDIANTE
SUDCALIFORNIANO

ISBN 978-607-8478-56-9



9 786078 478569



BAJA CALIFORNIA SUR
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
CULTURALES



CULTURA
DE BAJA CALIFORNIA SUR

